

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

ANGUSTIA

vic logan



SS

SERVICIO SECRETO



VIC LOGAN

ANGUSTIA

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.233

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 97 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: marzo, 1974

© Vic Logan - 1974

Texto

© Jorge Sempere - 1974

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.208. -Diario de un hombre asesinado

En Colección **PUNTO ROJO:**

619. -Joya sangrienta

En Colección **ASES DEL OESTE:**

652. -El último en reír

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

888. -Tierra de colonos

En Colección **KANSAS:**

822. -Un *sheriff* en apuros

En Colección **BRAVO OESTE:**

584. -Parejas de damas para el vaquero

En Colección **CALIFORNIA:**

864. -Senderos de venganza

En Colección **COLORADO:**

845. -Al galope y disparando

CAPÍTULO PRIMERO

—Vamos, Terry, date prisa. Iremos a comprar los pasajes.

—¡Oh, papá! Ve a comprarlos tú solo o llévate a Yonia —repuso la muchachita de doce años, que entretenía su ocio de las vacaciones leyendo una novela escrita por su propio padre.

Johnny, su padre, sonrió:

—Voy a contarte el final, Terry. Es de lo más elemental. ¿Todavía no te das cuenta de que es una tontería?

Terry agrandó los ojos y le miró como si su padre hubiese soltado una idiotez.

—Bueno, bueno, Terry... Sé lo que vas a decirme... No sigamos. Te gusta la novela, y yo lo celebro, pero ahora tengo que ir a comprar los pasajes, si tú, mamá y tu hermana Yonia queréis iros de vacaciones.

Terry guardó silencio y en el *living* apareció Vicky. Vicky era la esposa de Johnny, y Johnny era el jefe de la familia. Él, Vicky, Terry y Yonia componían esa familia que el escritor mantenía con sus novelas.

—Vicky. Nos ha salido una hija tonta —murmuró Johnny, bromeando, aunque su voz era la de un convencido.

—Si quieres saber la verdad, papá —terció la niña—, tu novela me importa un comino. Todas terminan igual. Un chico apuesto, que se casa con la rubia de turno, un lío de asesinatos, que siempre acaba descubriéndose, y un montón de cosas que complican la novela. Aún no comprendo por qué te pagan esas tonterías...

—Ya lo ves, Vicky —sonrió el escritor—. Soy un fracasado. Mis novelas no gustan ni a mis hijas...

—¡No te hagas la víctima, papá! —Adujo nuevamente la lectora—. «Eso», para pasar el rato, no está mal, pero por lo demás... «Psé».

—¡Psé! —Remedó Johnny, y luego, poniendo más seriedad a su

habitual estado de optimismo, agregó—: ¡Bueno! ¿Vienes o no? Yo me largo... Los que os vais de vacaciones sois vosotros...

—¡Pues lárgate! Yo sigo leyendo. Hace calor. No quiero ir a comprar los billetes. Al fin y al cabo, vas a pasarte una hora hablando con tu amigo... Humm, ya te he dicho que te lleves a Yonia. A ella le gusta ir de paseo...

—¡Maldita sea! —Rugió Johnny a su mujer—. Ya ves... pido a una hija que me acompañe y...

Yonia llegó corriendo, desde su habitación.

—Papá, ¿me dejas que me vaya al cine con Norah?

—Pero... ¿A qué ciñe? —preguntó Johnny.

Yonia parecía haber oído una tontería.

—Al de la esquina. Echan una película policíaca. Norah tiene un vale para dos personas, no te va a costar ni cinco...

—Pero tú siempre has dicho que te aburren las películas policíacas...

—Lo que me aburren son tus novelas, papá —repuso Yonia.

Bueno. Yonia siempre pecaba de sincera. Yonia sólo tenía diez años. Se parecía a su padre.

Naturalmente, Johnny consintió en que se fuera al cine y, ya sin más opción, comentó:

—Ya lo ves... para mis hijas soy un escritor mediocre, un padre anticuado y... yo qué sé... Nadie quiere salir conmigo... ¿Vienes tú, Vicky?

—¿Dónde?

—A comprar vuestros pasajes... para las vacaciones.

—¡Oh, Johnny! ¿Para qué me necesitas a mí?

—Vicky... Tengo treinta y cinco años, dos más que tú. No soy ningún viejo... Incluso hay muchachas que se vuelven a mi paso... Y me pregunto por qué ni mi mujer ni mis hijas quieren salir conmigo.

—No seas pesado, Johnny. Tengo trabajo. Tenemos que irnos... He de planchar, arreglar la casa y...

—¡Arreglar la casa! —sonrió Johnny, cortando a su mujer—. ¡Pero si hagas lo que hagas, siempre da asco! Tenemos dos niñas que cuidan muy bien del desorden...

—¡Déjame en paz, Johnny! Y vete de una vez...

—En serio, Vicky, acompáñame... No me casé para estar

siempre solo. Ven conmigo, te lo ruego...

—Tengo trabajo, Johnny.

Él intentó besarla. Ella le rechazó suavemente.

—Anda, no seas niño. Vete. No es la primera vez que sales solo.

—A la fuerza, Vicky... Siempre salgo solo, a la fuerza. Y Johnny salió solo.

Era fácil. Le bastaba tomar el autobús y, en media hora, se plantaba en el centro de la ciudad.

Aquella vez, su misión era comprar los billetes para que su familia se fuera de veraneo.

Recordó cómo su esposa le había dicho, algunos días antes:

«—¿Por qué esa manía de que nos vayamos las tres solas?

»—Querida... porque yo también tengo derecho a unas vacaciones. —Había sido la respuesta del escritor.

»—¿Cómo debo entender esto?

»—Pues muy fácil... Yo me casé con una mujer. Ahora tengo tres... La esposa y dos niñas que son peores que tú... En serio, Vicky... Sólo vives para ellas. Cuando estoy con vosotras, igualmente tengo que trabajar. Soy escritor. En esa profesión, las vacaciones debe tomárselas uno mismo, y “nadie las paga”... Me las apañaré solo. Al menos, durante un mes. Después, me reuniré con vosotras en la isla.

»—¿Sin máquina de escribir? —había preguntado ella.

»—No le tengas tanto odio a la máquina de escribir. Después de todo, vivimos de ella. —Había sido la respuesta de Johnny».

Ella no hizo ningún comentario. Johnny tampoco había mostrado enojo. Después de todo, Vicky era su mujer, y le parecía lógico que, después de catorce años de casado, ella no continuase siendo la novia enamorada. También él, poco o mucho, había cambiado, aunque en el fondo se sentía igual de joven y emprendedor y, sobre todo, seguía soñando. Seguía soñando porque, en parte, era su obligación. Soñar, pensar... y luego transportar sus ideas, sus sueños o lo que fuera, al papel para desarrollar una novela.

Pero Vicky no había querido acompañarle aquella tarde a buscar los pasajes, y Johnny se sentía molesto. Ni sus hijas, ni su propia mujer, «estaban con él».

Era uno de esos días que un hombre toma por el lado malo los

desprecios cotidianos que, sin darse cuenta, le proporciona la familia.

Se sentía postergado, incluso viejo, y decidió no comprar aquellos pasajes.

Había tomado el autobús, sí... Pero no se había detenido en el centro, sino que optó por llegar hasta el final, y pasear por la zona marítima de la ciudad.

El caluroso verano era una invitación y aquella zona, para Johnny, para el escritor, traía gratos recuerdos... Y si no... ¿cuántas veces no había paseado por la Avenida que bordeaba el mar del brazo de su novia, ahora convertida en su esposa, desde hacía catorce años?

Pero aquel barrio, apretujado sinopsis de la gran ciudad cuadrícula en miniatura del gran ensanche de la villa, también llevó a su mente otros recuerdos, que se remontaban incluso antes de su boda con Vicky.

Paseó por una de aquellas calles. Parecían no haber cambiado desde los lejanos tiempos que él las frecuentaba, también en verano.

El vecindario hablaba en las aceras. Algunos, incluso se acomodaban en sillas que habían sacado de sus viviendas de planta baja, o acaso de los dos pisos que, como máximo, tenían las edificaciones.

Los chiquillos jugaban en las calles, sin apenas tránsito. Los bares estaban llenos de sudorosos clientes, que buscaban un refresco para seguir transpirando, pero, mientras, «engañaban» el paladar y la sed.

Johnny, eterno contemplador de la naturaleza, observador nato de la gente, lo miraba todo, y recordaba, a la vez, sus años mozos.

Sonreía, casi sin recordar los desengaños familiares, que ya consideraba como cosa de poca monta. Cosa diaria. Casi obligatoria. El padre siempre debe tolerar los desplantes de los hijos, de la esposa.

No. No se acordaba de nada...

Fue al doblar la esquina.

El nombre de la calle: «Almacenes».

—Calle Almacenes —repitió, hablando consigo mismo. Y una muchachita que jugaba a la comba, rió, al ver un hombre que hablaba solo.

Johnny recordó aquella calle, y la asoció con el nombre de una chica...

—Bueno... La chica, ahora, tendría unos tres años menos que él. Es decir, treinta y dos.

Miró los pequeños edificios, y descubrió una terraza, que le era familiar.

—Creo... Creo que era aquí. —Y volvió a hablar consigo mismo.

La niña de la comba, y otras que se habían unido a ella, le miraron. Johnny, sin prestarles atención, se metió en un pequeño y caluroso bar.

—Una cerveza —pidió. Y se la sirvieron casi caliente. En otras circunstancias, hubiese protestado, pero en esta ocasión, se abstuvo incluso de bebería, porque lo que deseaba era información.

—Busco a una chica... Bueno... A una mujer... Sé que vive por aquí... No estoy seguro si es en la casa de las terrazas o... Bueno, hablo ya de muchos años, supongo que estará casada... La verdad es que, bueno... He pensado en ella, de pronto.

El encargado del servicio le miraba con cara de juez, como si Johnny fuese un extraterrestre.

El escritor se puso serio.

—Se llamaba Juanita...

—¿Ha muerto? —preguntó el encargado con cara de palo y voz antipática.

—Hace unos quince años que no la veo. Yo tenía veinte en aquella época. No puedo saber si ha muerto, pero deseo que no.

—Usted dijo «vivía». —Hizo notar el encargado del bar, con suficiencia pedante y engreída.

—Perdone por el fallo de gramática... Juanita vivía por aquí.

—Y Laura y Gertrudis... Esto está lleno de lupanares... ¿No se ha dado cuenta, o es que cree que esto es un servicio de información pública?

Johnny se rebeló. Si algo le molestaba era que le contestaran con insolencia. Fulminó con la mirada al encargado. Dejó algún dinero en el mostrador, y murmuró:

—He conocido a muchos imbéciles en mi vida, pero le aseguro que usted es el más grande de todos...

—Oiga... —espetó el encargado.

—Váyase a la... —Y Johnny no concluyó la frase. Salió del bar y

siguió calle abajo.

Pensó que en otro local tendría mejor suerte, aunque estaba algo desanimado.

Mirando en derredor, vio varias tiendas cerradas, con cristales opacos, de vivos colores.

«¿Lupanares?», pensó.

Un hombre de aspecto afeminado se le aproximó.

—¿Busca algo especial, joven?

Interiormente, Johnny pensó: ¡Cómo ha cambiado esto!

El barrio dejó de interesarle, pero al llegar a la siguiente esquina, se le aproximó un sujeto de larga melena y traje ajustado. A Johnny tampoco le pareció demasiado normal.

—Oiga... Era usted quien preguntaba por Juanita en el bar, ¿verdad?

—¿Usted estaba allí? —inquirió Johnny, a su vez.

—Eso no importa. Sé que busca a Juanita.

—No es un nombre anómalo. Supongo que habrá muchas Juanitas por aquí... ¿Cómo sabe quién es la que yo busco? —sonrió Johnny, tratando de echarle humor a la cosa, mientras lamentaba haberse metido en aquel barrio.

—Sólo hay una Juanita en esa calle... Y usted la busca. Le llevaré hasta ella. Sólo le costará algún dinero.

—¿Dinero? ¡Váyase usted a...! —Johnny le empujó para que el otro le dejara pasar, pero el afeminado hizo un ademán como si quisiera sacar algo.

No esperó a que el otro terminara de sacarla. Le cogió el brazo, pues era sumamente frágil, y se lo retorció.

—¡Ay...! —gritó el otro como una mujerzuela, y tuvo que soltar la navaja.

—Escúchame bien, mal nacido... Conmigo te ha salido bien por esta vez, pero, si te vuelvo a ver, te voy a dar una patada que te llevará derecho al cementerio. Ya me has entendido.

Johnny siguió su camino, pensando que, en pleno atardecer, con gente moviéndose a su alrededor, aquellas cosas sólo parecían posibles en sus novelas para tontos.

¿Para tontos?, se preguntó. O acaso para listos. Para los más listos, porque, después de todo, sus argumentos representaban siempre evasión, el triunfo de la justicia, algo que también parecía

ya anticuado.

Había caminado envuelto en sus pensamientos hasta la siguiente esquina, cuando apareció la mujer de aspecto amargado, triste... Era una hembra madura, un tanto gorda. Una de esas mujeres que se ven todos los días en el autobús o en los metros, cargadas con el cesto de la compra... Pero ésta iba sin cesto, sólo con su porte de rutinaria pesadez.

—Perdone, joven —le dijo.

Johnny concluyó su descripción mental, y la miró fijamente.

—Usted ha preguntado por mi hermana.

—¿Cómo?

—Yo estaba en la bodega cuando usted preguntó por ella. Por Juanita...

Johnny trató de recordar: Juanita. ¿«Su» Juanita tenía, acaso, una hermana?

No, no. Ni aquella persona se le parecía, ni, por la edad, podía ser su hermana.

—Creo que se confunde. Yo no...

—Juanita. Vive en el número 5. Yo le recuerdo a usted. Le recuerdo desde hace muchos años. Usted no ha cambiado...

—¿Y cómo sabe que...?

—Por favor, señor. Hace años que nadie pregunta por ninguna de nosotras. Venga, ella se alegrará de verle. Está enferma, muy enferma...

Johnny intentó recordar el apellido de «su Juanita». No lo consiguió, pero aun así estaba convencido de que aquella mujer no podía ser la hermana de la chica polla que había preguntado casualmente.

—Mire. Empiezo a tener prisa, ¿sabe? Ya pasaré en cualquier otro momento. De veras...

—No, señor. Usted no pasará, y Juanita necesita tanto la compañía... Necesita tanto que alguien vaya a visitarla... Por favor, sólo un momento. Medio minuto. Véala usted, señor.

—¿Qué clase de trampa es ésta? —Johnny reaccionó—. He preguntado por alguien y, de pronto, me sale un afeminado que intenta sacar una navaja, luego aparece usted... ¡Si ni siquiera saben a quién busco!

—¡Oh, señor! Se refiere usted a Rayvez... Rayvez es un

desgraciado, un infeliz... No le hubiera hecho nada.

—Pues no me gustan esos tipos, ni me gusta usted, señora... Adiós.

—Adiós, señor, y perdone que le haya molestado... Si desea volver, ya lo sabe. El número 5. Juanita le recibirá con gusto. Quizá... quizá mejore de su dolencia. Unos minutos de dicha pueden hacer mucho más que los mejores medicamentos. Adiós, señor.

Johnny se alejó, dispuesto a no oír más. No quería escuchar. Todo aquello le parecía absurdo, inverosímil... ¿Qué clase de jugada le preparaban? ¿Por qué espécimen de idiota le habían tomado?

Pero...

Recapacitó y frenó su marcha.

¿Quién podía saber que aquella tarde iría allí y preguntaría por Juanita?

¿Quién, si ni siquiera él, antes de salir de casa, sabía el rumbo que iba a tomar?

Se volvió.

En la esquina, unos quince metros más allá, aquella mujer, que había dicho ser la hermana de Juanita, estaba medio vuelta, y le pareció que lloriqueaba.

Anduvo hasta ella, sin saber exactamente por qué. Nadie miraba de un modo determinado a su persona. La gente continuaba su deambular. Anochecía casi y los bares habían aumentado el número de sus sedientos y vocingleros clientes.

Palpó suavemente los hombros de la mujer y dijo:

—Lléveme a ver a Juanita.

El afeminado, en unión de otro sujeto mal vestido y con aspecto de demente, estaban en la otra esquina, vigilando a Johnny y a la mujer. Se miraron ambos, intercambiando sendas sonrisas.

Johnny subió la escalera de la casa, acompañado de la que había asegurado ser la hermana de la mujer que él buscaba.

Había una mujer en la cama.

La enferma tenía un aspecto repelente. Parecía vieja, muy vieja. Sin embargo, mirándola con mayor atención, la primera impresión que Johnny tuvo de ella dejó de ser de repugnancia para convertirse en un sentimiento de pena.

Desde luego, la mujer no parecía tener los treinta y dos años que Johnny creía. Estaba envejecida, rugosa, pero tenía en sus rasgos demacrados un lejano tinte casi infantil.

No le recordaba a Juanita en absoluto. Le pareció más bien una loca... Sí, ése era el adjetivo más apropiado.

Una mujer que hubiese perdido el juicio.

—¡Es Johnny, Juanita! —había exclamado la que decía ser su hermana.

—¡Johnny! ¡Oh, mi Johnny! ¡Cuántas horas felices me han proporcionado tus recuerdos! —exclamó la enferma, con una voz cascada, increíble.

El escritor pasó la mirada por la sórdida habitación. Había humedad, el papel que un día decoró la estancia, ahora era un motivo para hacerla deprimente, desgajado, sin apenas dibujo...

Luego, el techo desconchado, las grietas, la débil luz de una bombilla de escasos watios, y un calor asfixiante, debido principalmente a que la habitación estaba completamente cerrada, sin dejar que el aire exterior penetrara ni un ápice.

—Acércate, Johnny. Acércate y bésame —dijo aquella voz de ultratumba.

Johnny olía... ¿Qué era aquella peste que se filtraba por las ventanas de su nariz?

Sudor, excrementos, orín...

Y algo más...

—Johnny... —farfulló nuevamente el esperpento postrado en la cama.

—Ande, acérquesele. La pobre está muy mal, y ella lo sabe —sonrió siniestramente la que le había llevado hasta allí.

Johnny siguió inhalando aquel olor fuerte, como de hierbas podridas. Trató de definirlo y no le salió la palabra. Había una mezcla de algo amargo y otro tanto pestilente.

De repente supo qué era. Alguna droga. Alguna hierba que, en aquella casa, y más concretamente en aquella habitación, debían fumar las dos mujeres. O acaso sólo la enferma.

—Usted no es la persona que busco —murmuró Johnny, dando la vuelta para dirigirse hacia la puerta, que cubría con su corpachón la otra mujer.

—¡No! ¡Nelia! ¡Dile que no se vaya...! Estoy mal. Muy mal —

gritó la enferma, y su voz semejó el estertor de un moribundo.

Johnny se volvió un instante y se preguntó qué demonios estaba haciendo en aquella casa, entre dos mujeres a las que hubiese podido describir como sendas brujas.

¡Brujas!

¡Cómo se reiría su familia si le viesen allí! ¡En menudo lío se había metido!

Bueno, sólo tenía que salir, pero la mujer oronda, la que le había llevado hasta la casa, se lo impedía con su voluminosa humanidad.

—¿Quiere apartarse? Voy a irme. No es la persona que yo busco. ¡Y me importa un pimiento lo que hagan aquí! Déjeme pasar.

Entonces la enferma soltó un grito:

—¡Me muero! ¡Uh! Me muero... Me muero... Me mue... —Dejó de gritar. Su voz ronca, cascada, artificial, dejó de sonar y un extraño silencio envolvió la habitación.

—¡Tenía que suceder! ¡Tenía que suceder! —gritó la otra—. Usted pudo proporcionarle unos momentos de felicidad, pero se empeñó en marchar. ¡Usted la ha matado!

—¡Está loca! ¡Loca de remate! —gritó Johnny, y en el fondo de su egoísmo no quiso saber nada de los problemas de aquella casa. Todo aquello le olía pésimamente, y no precisamente por un asunto de olfato. Olía mal moralmente, olía mal por las consecuencias.

—Y ahora, apártese de aquí o... —gritó desaforadamente.

Unos golpes sonaron en la puerta y la mujer pareció asustada.

—Sólo faltaba esto... ¡Dios mío! Es mejor huir... ¡Lárguese usted también! No se quede como un pasmarote. ¡Por aquí!

Y la mujer echó a correr, por el pasadizo, hacia la habitación trasera.

Johnny perdió un tiempo precioso, en la indecisión. ¿Por qué tenía que huir? ¿De quién?

Miró hacia la mujer que yacía en la cama. Tenía algo repugnante. Ni siquiera se acercó a ella.

Los golpes volvieron a sonar, y una voz, al lado de la puerta de la escalera, gritó:

—¡Abran! ¡La policía! ¡Abran!

«¡La policía!», pensó Johnny para sí.

Recordó el olor a hierba prohibida, a drogas... Pensó en su situación... ¿Cómo podía justificarla?

—¡Abran o derribamos la puerta! Llevo un mandamiento judicial —repitió la voz.

»¿Por qué me habré metido aquí? —se preguntó Johnny a sí mismo, y se dijo si no era mejor preguntarse—: ¿Por qué diablos se había enfadado con su familia?

»¿Por qué, una vez más, no hizo la vista gorda y los oídos sordos a las palabras egoístas de su mujer y de sus hijas? ¿Por qué?».

O acaso... ¿Por qué se había levantado de la cama en un día en el que todo le había salido mal?

No era partidario de huir. No tenía necesidad. Pero verse envuelto en un lío que no lo había guisado ni comido, le parecía estúpido.

Y ante los insistentes golpes y las voces de los agentes de la ley, decidió seguir los pasos de la mujer, que ya había escapado Dios sabía por dónde.

Enfiló por el corredor. Pasó por delante de la puerta, ante los golpes insistentes de los que estaban fuera, e insistían en que se les abriese.

Al llegar a la parte trasera, descubrió una portezuela. La empujó y vio que comunicaba con un patio. Lo cruzó. Había otra escalera, que subía hacia una azotea. Parecía un lugar a propósito para huir en el momento más conveniente.

No lo dudó. Subió la escalera y, al encontrarse en la azotea, intentó orientarse.

Se podía pasar hasta el edificio contiguo. En la calle escuchó sirenas de la policía y comprendió que la cosa iba en serio.

Asomóse unos instantes y vio coches oficiales tapando todas las salidas. Aquello tenía todas las características de una redada.

Saltó al tejado vecino, sin observar el menor rastro de la mujer que le había precedido.

La puerta de la azotea que comunicaba con la escalera estaba abierta, y Johnny se adentró por ella, mientras hasta sus oídos llegaba el clamor de la calle. Las voces, las órdenes, y alguna sirena lejana de otro coche policial, que indudablemente venía para reforzar el cerco del barrio.

Descendió rápidamente la escalera. Estaba a la altura de la tercera planta. Pasó por la segunda y luego por la primera. Pero antes de llegar a la calle escuchó rumor de voces y algunas órdenes.

—¡Nadie puede salir! —decía una voz.

Johnny pensó que de nada le había servido huir de aquella casa. Después de todo, si salía de esa otra escalera en la que se encontraba, no podría justificar en absoluto su presencia en ella.

Quizá por la experiencia de haber descrito situaciones como aquella, tantas otras veces, se le hacía aún más cuesta arriba la posible huida de aquel lugar.

Pensó en continuar por las azoteas hasta encontrar otro sitio menos vigilado. Sí. Era lo mejor.

Después de haber huido de la casa, su situación se hacía más inestable, más sospechosa... Aunque llegaran a creer su historia, aquello supondría horas en la comisaría, explicaciones con su familia... ¿Y los billetes? ¡Por qué diablos no los había comprado!

Había llegado de nuevo hasta el primer piso y una puerta se abrió.

Johnny quedó clavado, como un ladrón atrapado en flagrante delito.

De pronto, una amplia sonrisa se produjo en el rostro de la mujer que acababa de abrir. Unos ojos grandes y cordiales le miraban.

Y una voz exclamó.

—¡Johnny! ¡Johnny Monroe!

Johnny quedó mirando aquella figura esbelta, aquella faz, aquellos ojos.

Le pareció increíble, casi un sueño, o acaso el despertar de una pesadilla.

—¡Johnny! Pero... ¿qué haces en estos barrios? ¿En mi escalera? No me digas que venías a mi casa. No podría creerlo. Pero... ¿tú sabes dónde vivía yo?

Johnny terminó por sonreír también. No había para menos. Luego, cortando el torrente de palabras de su bonita interlocutora, murmuró casi con timidez:

—¡Hola, Juanita! La verdad es que te andaba buscando...

—Pues pasa, sobre, pasa. ¡Adelante!

CAPÍTULO II

Después de tomar un par de *whiskys* y de explicar la verdad de todo lo ocurrido, Johnny se sintió mucho más a gusto, y sobre todo, más tranquilo.

—Por un momento pensé que eras un policía —sonrió Juanita, por toda respuesta—. Aquí tenemos redadas cada dos por tres... No puedes imaginarte cómo ha cambiado este barrio.

—Sí. Ya he visto...

—Bueno. Yo podría vivir en otro, pero la verdad es que estoy poco tiempo en casa. Ahora viajo mucho... Verás, estoy sola. ¿Sabes? Últimamente solo me quedaba mi madre, y murió... Bueno. Ya hace más de cinco años. Me quedé con la casa... Yo he nacido aquí. Al principio influyó mucho el sentimentalismo, luego me dije que sería insoportable seguir aquí, con todos esos jaleos de drogas y criminales que andan sueltos... Pero luego empecé a salir y... bueno, la verdad es que me has encontrado por pura casualidad. Y no me extraña que nadie te haya guiado hasta mi casa. Se me conoce muy poco. Hay mucha gente nueva... y yo apenas hablo con nadie. Ni siquiera voy a las tiendas de por aquí. Esto ya no es como antes.

—Bueno. Sea como sea, has sido providencial para mí. Y conste que no esperaba un reencuentro tan accidentado... después de tantos años.

—¿En serio venías a verme?

—Bueno, pasaba por aquí...

—Esto es una excusa. Por este barrio no se pasa «casualmente».

—Me dio por pasear por aquí. Y te recordé.

—Esto está mejor... Pero... Podías haber venido hace mucho tiempo.

—Tengo trabajo. Además, no creas que salgo mucho de casa.

—Y además tienes familia. Y sospecho que hoy te has peleado.

—¿Eres adivina?

—¡Psé! —sonrió ella—. Cuando un hombre pasea solo, y es además casado, y de pronto piensa en otra mujer... Pelea segura. Por eso yo no me he casado.

—¡Oh! Bueno. En realidad, no ha sido una pelea. Yo no me peleo. Hay cosas que uno siente en lo más profundo y le enojan. Paseo y se me van. Si no fuese así tendría que pensar en el divorcio, y la verdad...

—Eres un perfecto burgués... ¡Oh! Ahora que recuerdo. Tú escribías guiones para la radio o algo por el estilo.

—En cuestiones de escribir he hecho de todo. Y sigo haciéndolo.

—Bien, Johnny... Yo no tengo vocación para ser... «la otra». ¿Me entiendes?

—Juanita, yo no te buscaba para...

—Lo sé, lo sé... —sonrió ella—. Sólo quiero decirte que... En fin, creo que de ello ya habíamos hablado en otro tiempo.

—¿De qué?

—De mi desencanto en el contacto con el otro sexo... La verdad. Prefiero una amistad. Eso quería decirte. Yo puedo ser tu amiga. Tu amiga, en el sentido exacto de la palabra.

—Te lo agradezco.

—Si quieres contarme tus penas, puedes hacerlo... cuando quieras, si estoy en casa. Yo no te daré consejos, ni seré tu aliada, sólo tu confidente...

—No necesito confidentes... pero celebro una buena amistad.

—¿Otro *whisky*? Es mi único vicio, por eso lo tengo en casa.

—De acuerdo...

Juanita sirvió y seguidamente los dos trasegaron en silencio. Johnny se dijo que el tiempo no había pasado por aquella muchacha... bueno, por aquella mujer.

Ella, tras el trago, le dijo las mismas palabras:

—Pareces el mismo de antes. ¿Cuántos años tienes?

La conversación se prolongó en trivialidades. En recuerdos de otros tiempos. Luego, se asomaron a la terracita. Ya no había huellas de policía. La gente seguía en las aceras, sentados y hablando; tal vez el tema de la conservación era la última redada.

—Hay una mujer muerta un par de casas más abajo —murmuró él.

Ella se encogió de hombros.

—No te preocupes. Hay muchos locos por aquí, drogados... Tú soltaste mi nombre y te llevaron allí. Y no preguntes por qué lo hicieron. Dicen que, cuando uno está drogado, se comporta como un loco. Yo no lo sé, claro.

—Quizá te he importunado. Cuando llegué ibas a salir.

—No —sonrió ella—. Simplemente oí ruido y me asomé... Pero tú tienes que irte...

—Es tarde ya.

—Vuelve mañana, si te apetece. Yo estaré aquí.

—No sé...

—Primero es tu mujer —sonrió ella.

Él sonrió a su vez.

—Quizá —añadió, antes de irse.

Se dieron la mano. A Johnny aquello se le antojó hasta un poco cursi. En plena era espacial, cuando el sexo y la pornografía estaban a la orden de todas las horas, cuando ya no se daba importancia a nada, un hombre y una mujer. —Él y Juanita— se despedían con un apretón de manos: No había pasado nada. Absolutamente nada.

Luego, en la calle, todo parecía absolutamente normal. Pero él sabía que una mujer estaba de cuerpo presente, que estuvo a punto de verse envuelto en un lío, y que la policía había efectuado una redada.

¿Había sucedido realmente?

—Oye, podría escribir una novela de todo lo que me ha ocurrido —dijo de regreso a su casa.

—Sí, pero ¿y los billetes?

—Vicky, ya te lo he dicho. Hay tiempo. Iré mañana. O puedes ir tú.

—¿Yo, eh? Si fuese por mí, ya los tendría.

—Está bien. Al fin y al cabo, la que te vas eres tú.

—¡Encima aún querrás tener razón!

—¡Maldita sea! —Johnny se salió de quicio—. Me largo porque estoy hasta las narices de vosotras. Regreso, os cuento lo que me ha ocurrido, y sólo pensáis en los billetes. ¡No os preocupéis, tendréis los billetes!

Johnny volvió a salir. Una vez más, se sentía incomprendido, víctima del egoísmo femenino.

Al salir a la calle, ofuscado, no advirtió la presencia de aquel tipo de aspecto afeminado, acompañado del de ojos de demente, que se hallaban en la esquina, junto a una motocicleta.

Johnny tampoco había advertido, durante el regreso en taxi hasta su casa, que había sido seguido por aquel par de sujetos extraños y malcarados.

Cruzó la calle para dirigirse al bar más próximo.

El invertido y su acompañante cambiaron una sonrisa.

—Bueno... De momento, ya está bien —sonrió el de aspecto demencial—. Creo que podemos regresar.

Johnny, en el bar, pidió un *whisky*.

—Triple y sin hielo.

Bebió un sorbo y se dirigió al teléfono. Marcó un número, y esperó.

—¿Eres tú, David? —inquirió en cuanto obtuvo respuesta, y, al reconocer la voz de la persona a la que llamaba, añadió—: Oye. Sabes que no me gusta molestar, pero es un caso especial. He tenido una bronca con mi mujer... Mira, necesito tres pasajes para el barco de mañana. Sí... Mañana a las diez... Sí, sí, ya sé que en esta época del año es difícil. Hubiera ido yo mismo... Sí, sé que en, la ventanilla venden el cupo sobrante y que siempre queda, pero no tengo ganas. Además, si por una casualidad me falcara, me ganaría otra bronca. En serio. No tengo ganas de discutir... ¿De acuerdo, David? Sí... Sí... Bueno. Ya sabes. Son para mi mujer y las niñas. Adiós y gracias. —Colgó mascullando—: ¡Pesado! Hace favores a todo el mundo y cuando yo le pido una cosa... ¡Bah!

Había conseguido los billetes. Era lo importante. En aquellos momentos sólo deseó tener lejos a su familia.

Pero entretanto los dos tipos que le habían seguido habían regresado al barrio del que procedían. Dejaron la moto y entraron en el portal de una escalera. Instantes después, llamaban a la puerta de la casa de la mujer que Johnny había visto morir.

Les abrió la mujer oronda, quien preguntó:

—¿Qué?

—Todo bien —respondió el de aspecto demencial.

—¿Y Flora? —preguntó Rayvez, el invertido.

—Berreando. ¿No la oís? He tenido que encerrarla, pero sus gritos pronto se oirán desde la calle.

Alguien estaba gritando tras una puerta. Rayvez y el demente cambiaron una mirada.

—Bueno... Ya sabéis lo que tenéis que hacer —adujo la mujer oronda.

Los dos hombres asintieron y seguidamente avanzaron por el corredor. Tras una de las puertas los gritos de la mujer que se hallaba encerrada proliferaron.

Rayvez abrió, la puerta, murmurando:

—Está bien, está bien. No te lo tomes así... «Juanita».

Del interior de la habitación salió «la muerta».

Sí. «Juanita». Por lo menos con ese nombre la había conocido Johnny. Era la mujer que él creía haber visto morir, víctima de un ataque.

Seguía viva, pero el ataque, ahora, era auténtico.

—¡Quiero que me deis «eso»! Lo necesito. Malditos... Yo hice lo que me habéis pedido, ¿eh? Aquel tipo creyó, de veras, que había estirado la pata... ¿Por qué diablos me hicisteis hacer la comedia? ¿Eh?

—Era una broma, Flora —adujo la oronda mujer, asomando por la estancia.

—¡Una broma! ¡Al diablo con vuestras bromas! Me prometisteis una buena dosis de hierba. Y un pinchazo... Un pinchazo... ¡Vamos! ¿A qué esperáis? —Y gritó estentóreamente.

—¡Acabad ya! —exclamó la oronda, fuera de sí.

El invertido y el demente se aproximaron a «Juanita». La miraban fijamente. Aquel pingajo humano, que ni siquiera tenía forma de mujer, retrocedió, asustada. Adivinó que algo iba a ocurrir. Algo que ciertamente no sería bueno para ella.

—¡No, no! —Retrocedió más aún—. ¿Qué os proponéis?

Su espalda tocó la pared y sus ojos se desorbitaron. Gritó más, pero ya no era por la necesidad perentoria de la droga. Gritó de miedo.

De terror.

Los dos sujetos la habían alcanzado ya.

—¡No! ¡No! ¡Dejadme!

Gritó una vez más, la última, porque su voz se convirtió en un murmullo hasta que desapareció por completo.

Cuando los dos tipos salieron de la habitación, el pingo humano

yacía en el suelo, manchando con su sangre envenenada las desgastadas losas.

El demente limpiaba su navaja automática con el agua que surgía del grifo de la cocina. Agua teñida con sangre. Luego, el tipo secó el acero con un sucio pañuelo y lo guardó en el bolsillo.

La mujer oronda masculló:

—Bueno. Largaos de aquí. Yo me cuidaré de todo. ¡Y tú, Rayvez, ya sabes lo que tienes que hacer!

El invertido asintió.

«Juanita» había muerto de veras.

CAPÍTULO III

—No quiero dejarte de mal humor, Johnny. Perdona si ayer, con los nervios, te dije algunas inconveniencias. Ya sabes que, en el fondo, detesto que no vengas con nosotras.

Vicky estaba abrazada a su marido, en el puerto. Las niñas, Terry y Yonia, estaban ansiosas de subir al barco.

—Está bien, está bien. Disfrutad de las vacaciones. Yo tomaré el barco, cualquier día. No os libraréis de mí.

Johnny besó a sus hijas. Les dio algún dinero, y les dijo:

—Cuidad de vuestra madre. ¿Eh?

—Adiós, papá, y perdona —murmuró Yonia.

—Claro, claro. Vamos, subid ya.

Un beso a Terry, que era la más impaciente.

—¿Cuándo vendrás?

—No lo sé, hija, pero cuanto más tarde, mejor. ¿Eh? Así no tendréis quién os regañe.

Terry sonrió.

—Ven pronto.

—¡Hala, que se hace tarde! ¡Ah, Vicky, ya me he ocupado del equipaje! Todo está en orden. Os lo entregarán a la llegada.

Johnny odiaba las despedidas interminables. Su mujer no parecía muy dispuesta a subir todavía, como si presintiera que aquella separación, aunque temporal, iba a traer funestas consecuencias. Por su parte, el escritor empezaba a lamentar la ausencia que aún no se había producido, pero tampoco dejaba de hacerle una cierta gracia quedarse solo, descansar y... Sí... ¿Por qué no?, ir a ver nuevamente a Juanita, sentirse libre, siquiera por unas horas.

Al fin, la familia subió al barco.

—No esperes a que salga. Las despedidas de barco son muy pesadas —gritó Vicky desde la pasarela.

—No pensaba hacerlo —sonrió Johnny, y consultó el reloj. Faltaban todavía veinticinco minutos para que el vapor zarpara.

Se quedó un poco más viendo cómo la familia desaparecía por la cubierta.

Ya no valía la pena seguir esperando. Estaban acomodadas y el *ferry* haría su ruta normal por un mar placentero.

Johnny se fue.

El demente y Rayvez se hallaban en un rincón de la terraza de la estación marítima. Tenían puesta la mirada en Johnny, sin que él, ni por un momento, hubiese advertido la presencia de aquel par de repelentes sujetos.

Apenas salió de la estación, tomó un taxi y se hizo conducir a la calle Almacenes.

Llegó doce minutos más tarde. Subió al piso y Juanita le abrió la puerta con una sonrisa:

—Tenía el presentimiento de que vendrías... Te he preparado el desayuno.

—Sigues siendo adivina —sonrió él.

—Veremos si he acertado en tu gusto —repuso Juanita cerrando la puerta.

—Seguro que no. Yo sólo tomo jugo de tomate. ¡Con vodka!

—No. No he acertado, pero se puede arreglar. Tengo jugo de tomate y tengo vodka.

—Veo que no te falta de nada.

—¿Y tu familia?

Johnny consultó el reloj.

—Dentro de dos minutos, exactamente, el barco se pondrá en movimiento.

—Viudo de verano.

—Psé. Es la primera vez, pero tengo un montón de trabajo, no creas.

Johnny permaneció silencioso mientras ella le preparaba su jugo de tomate con vodka. Consultó su reloj. Las diez en punto. Pensó en el barco, que estaría saliendo.

Ella regresó con el mejunje que había preparado.

—Tengo que llamar por teléfono. Te dejo la botella de vodka, por si lo encuentras demasiado flojo.

Juanita se ausentó a otra habitación, desde la que efectuó la

llamada, mientras Johnny deambuló por la bien cuidada estancia. La casa, aunque antigua. —Vieja— había sido decorada con gusto y resultaba particularmente grata.

Desde la terraza trasera podía verse el mar y Johnny advirtió la blanca silueta de un barco.

Era el barco que transportaba a su familia. Pensó en ellos hasta que la voz de Juanita le volvió a la realidad:

—Ya estoy lista. Tenemos todo el tiempo que quieras. ¿Prefieres quedarte aquí o te apetece dar un paseo? Un par de veces salimos para caminar junto al mar. ¿Recuerdas?

—Sí, Juanita. Sí... Lo recuerdo. Pero la verdad es que... me siento bien aquí.

Sí. Allí se estaba bien, pero quizá Johnny hubiese cambiado de opinión de haber visto lo que ocurría unas casas calle arriba.

La policía estaba tomando todos los datos de la habitación donde yacía la otra Juanita.

El tipo de aspecto afeminado hablaba a solas con el inspector encargado del caso. La mujer oronda lloriqueaba, cerca de ellos.

—Está bien, Rayvez, suéltalo todo. No me gustan las medias palabras.

—Yo le he avisado, inspector...

—Sí, sí. Nos has avisado. ¿Qué más? Habla.

—Bueno... Nelia y yo conocemos al asesino... Al menos suponemos que es él... ¿Verdad?

Nelia asintió, fingiendo a la perfección su papel de llorona.

—Cierra el grifo de una vez. Estas lágrimas no me convencen.

—Flora era mi mejor amiga.

—Sí. Y le proporcionabas hierba. ¿No?

—Estaba enferma, inspector...

—Por vuestra culpa... ¡Maldita sea! Bueno, Rayvez. ¿Quién es ese tipo que visteis rondar por la casa?

—Se llama Monroe. Johnny Monroe. Le seguí anoche. Vive en un barrio residencial.

—Calle...

—Avenida del Este, 1025. Creo que su piso es el doceavo. Podrá comprobarlo en el buzón de la puerta.

—¿Y por qué demonios le seguiste? —preguntó el policía.

—Bueno... Por la tarde estuvo rondando por aquí. Ya había

venido otras veces. Buscaba algo.

—¿A Flora precisamente?

Rayvez se encogió de hombros.

—Bueno, le seguiste... Tú nunca haces nada a ciegas. Te conozco.

—Yo me porto bien con ustedes... —sonrió Rayvez.

—No te hagas propaganda. —El inspector se impacientaba.

—Bueno —adujo Rayvez—. Vi a ese Monroe salir huyendo de la casa, cuando sus colegas hicieron la redada ayer por la tarde, y como el tipo me resultaba sospechoso, decidí seguirle con la motocicleta.

—Y de paso eludiste a la policía.

—Yo no tengo nada que ver en esos asuntos.

—No, ¿eh? Tú no tomas hierba.

—¡Nunca, inspector! —soltó el invertido, como si se defendiera de un insulto personal.

—Pero sabes quién la vende y cómo conseguirla, si te dan buena comisión para ello.

—No, no, señor.

—Mientes, pero de eso ya hablaremos.

Un ayudante del inspector interrumpió para confirmar:

—Listos. No hay nada de interés. El forense tiene la palabra.

Y el forense confirmó:

—A simple vista, la cuchillada parece mortal de necesidad. Un golpe limpio, preciso. La autopsia revelará el resto, aunque no hay duda respecto a una cosa. Se drogaba. Habría muerto pronto, en mi opinión. Le han anticipado el «viaje».

—Seguramente para que no hablara —repuso el inspector—. Cuando se ponen pesados y amenazan con descubrir el tinglado, los eliminan. ¿No es así, Rayvez?

—Yo no sé nada. Pregúnteselo al tipo que salió corriendo de la casa.

—¿Y tú, Nelia? —preguntó el inspector a la mujer oronda que había dejado de lloriquear.

—Yo no estaba ayer, inspector. Pasé la noche en casa de unos amigos. Puedo probarlo. Cuando llegué esta mañana y comencé a llamar a Flora... me asusté. Luego la encontré muerta sobre ese horrible charco de sangre. Es todo lo que sé.

—Sí, sí... ¿Y dónde encontraste a Rayvez? ¿Debajo de la cama?

—Salí corriendo para telefonar y me tropecé con él.

—¡Es cierto! —Aseguró Rayvez, aunque su falsa espontaneidad no logró engañar al policía, que ordenó a sus subordinados:

—Bueno. Que se lleven el cadáver. Y que alguien se quede en la casa. No quiero que nadie entre en ella.

Johnny soltó una carcajada.

—¡Tiene gracia! —exclamó, mirando algunas fotos de la colección que Juanita le había mostrado.

La muchacha que había en ellas no se parecía en absoluto a la mujer que estaba frente al escritor.

En la foto, la modelo lucía diferentes clases de ropa interior, bastante atrevida.

Johnny soltó:

—De veras, Juanita. Jamás hubiese imaginado que esa eras tú...

—Por eso lo hice. Me daba vergüenza posar así... Bueno, no por el hecho de que me fotografiaran, al fin y al cabo, las cosas sólo tienen la importancia que se les da. Pero era por el barrio. Cuando empecé como modelo, vivía todavía mi madre. Ella nunca supo qué hacía esto.

—Con ese disfraz...

—Es una mascarilla y una peluca. Nada más que esto, pero en las fotos no se nota en absoluto.

—Desde luego que no. Yo he visto algunos anuncios de éstos en las revistas que compra mi mujer.

—Pues ahora ya sabes que soy yo... Ya ves. Yo también te he contado mi vida... lo poco que hay que contar de ella.

Johnny terminó su jugo de tomate y consultó su reloj. Eran las diez y veinte minutos.

Vicky consultó su reloj. Las diez y veinte minutos. Miró alrededor y vio a Terry, la mayor de sus hijas, que se aproximaba por el lado de babor.

—¿Dónde demonios estabais? Desde que hemos salido del puerto, no os he visto.

—Ya te he dicho que estaba con las amigas que he encontrado.

—¿Y Yonia?

—¡Ah! ¡Yo qué sé!

—Pero ¿no estabais juntas?

—No. Ella se quedó junto a la borda.

—Bueno. Ve a ver si la encuentras y regresad enseguida. No podéis estaros quietas ni un solo momento. Vamos, date prisa.

—Sí, mamá. Estará recorriendo el barco. Siempre hace lo mismo.

—No la critiques. Tú también haces igual —repuso la madre.

CAPÍTULO IV

Eran las once en punto de la mañana cuando Johnny se despidió de Juanita.

—Tu visita no ha sido muy larga —sonrió ella, tendiéndole la mano.

—La verdad es que quiero trabajar. Haré un par de cosas y... bueno, me temo que empiezo a echar de menos a mi familia... Sí, sí. No te rías. Hace poco más de una hora que les he dejado, pero... uno es así de estúpido.

—Te envidio, Johnny. Tú, al menos, tienes alguien en quién pensar, a quien querer. Esto es bonito. Anda, mádate a trabajar y reúnete con ellos. Ya veo que lo estás deseando...

A la misma hora, Vicky andaba de un lado a otro.

—No puede ser... Aunque se hubiese perdido, la habríamos encontrado.

El segundo oficial trataba de calmarla:

—Hemos dado su descripción, señora. Todo el mundo la está buscando. Si estaba en el barco cuando zarpamos, aparecerá en un sitio u otro...

—¡Dios mío! ¿Y si se ha caído al agua?

—¡Oh, señora! No... No es posible. Usted mismo dijo que su hija estaba acostumbrada a ir en barco. Además, para caerse tendría que haberse encaramado... Verá cómo la encontraremos. Tranquilícese. La acompañaré al bar, tómese algo.

—¿Cree que puedo estar esperando? Por favor... Búsquenla...

Terry, la hija mayor, estaba asustada, sobre todo por la actitud de su madre.

—¡Esa Yonia! Nunca le perdonaré el susto que nos está haciendo pasar —murmuró.

Vicky hacía esfuerzos para no llorar, a fin de que Terry no se asustara todavía más, pero en el fondo tenía un presentimiento, un

extraño presentimiento.

A las 11,30 Johnny bajaba del taxi frente a su casa. Entró en el portal y se metió en el ascensor. Abrió la puerta de su casa, y se dirigió hacia el estudio de trabajo. Se quitó la chaqueta y encendió un pitillo.

Llamaron a la puerta y fue a abrir con un gesto de contrariedad.

—¡Quién será el pelmazo...!

Se encontró con dos individuos bien vestidos y de porte correcto. Uno de ellos habló por los dos:

—Inspector Lunnen, mi ayudante, el agente Hoter.

Lunnen era el mismo que había tomado a su cargo el asesinato de la drogadicta.

—¿Policías? ¿Qué desean?

—Hacerle unas preguntas. ¿Podemos pasar?

—Sí, claro. Iba a trabajar, pero...

—¿Escritor?

—Sí.

—Lo hemos visto en el buzón. ¿Vive solo?

—Con mi esposa y mis dos hijas. Hace una hora y media han salido de vacaciones.

—Ya.

—Bien. ¿Qué desean exactamente?

Lunnen, tras echar un vistazo profesional en derredor, preguntó de pronto:

—¿Dónde estuvo ayer por la tarde?

—Pues... —Inmediatamente Johnny pensó en la redada de la que había sido testigo. No llegaba a comprender cómo la policía había llegado hasta él.

—Paseando —murmuró—. Tenía que salir a comprar los pasajes para mi familia.

—¿Los compró?

—No, pero... No entiendo a qué viene esto.

—¿Conoce usted a una mujer llamada Nelía? Vive en la calle Almacenes. En el barrio del puerto.

Johnny trató de dominarse. Se sentía culpable, sin saber exactamente de qué, y tuvo miedo que sus nervios le traicionaran.

—No. En absoluto. —Y en eso no mentía.

—Alguien le vio en esa calle, ayer precisamente.

—Bueno, sí... Yo... —Lanzó un bufido y añadió decidido—: Mire, inspector, no tengo nada que ocultar, y voy a decirle toda la verdad. Es un tanto extraño, pero de ese modo sucedió.

—Le escuchamos —repuso gravemente el policía.

A la misma hora, Vicky había llegado al límite de su paciencia.

Yonia seguía sin aparecer, y ya todo el barco conocía la noticia. La búsqueda se había intensificado y ahora era el capitán en persona quien murmuraba:

—No puedo detener el barco... No existe ninguna evidencia de accidente. De todos modos, he cableografiado al puerto. Me han asegurado que dos lanchas se dirigen hasta el punto en que navegábamos cuando usted advirtió la desaparición de su hija.

—¡Dios mío! La culpa ha sido mía. No debí permanecer tanto tiempo sin ocuparme de ella... Ahora me doy cuenta.

—Cálmese, señora. No es la primera vez que hacen este viaje... Usted pensaba que sus dos hijas estaban juntas. Ya son mayorcitas y conocen el *ferry*...

Ninguna palabra podía servir de consuelo a la desesperada mujer.

—Hemos reconstruido los hechos. —Seguía el capitán—. Usted fue a dejar las cosas en el camarote y sus hijas se quedaron viendo salir el barco... La mayor encontró a unas amigas suyas y estuvo hablando con ellas. A partir de aquí, ya nadie volvió a ver a su hija... Entonces aún faltaban veinte o veinticinco minutos para que saliera el barco.

—No, no... Faltaba menos —consiguió decir Vicky—. Cinco, o una cosa así. Fue cuando Terry me dijo que estaba con sus amigas.

—¿Y la pequeña?

—Estaba allí.

Terry intervino, llorando también:

—Pero ya no me fijé más en ella, mamá...

—Cariño, yo no te culpo a ti...

—Bien... Su hija, en esos cinco minutos, pudo abandonar el barco.

—Pero ¿por qué tenía que hacerlo?

—No sé. Es una suposición. Seguramente cuando la encuentren...

—¡Dios mío! ¡Que sea pronto!

—Las lanchas nos informarán... Para su tranquilidad, van hombres rana en ellas. Rastrearán la zona, por si se diese el improbable caso de que la niña se hubiese caído, pero es difícil suponerlo. Ya ve que navegamos en un mar que es una balsa de aceite.

—No la veré más, Dios mío... No la veré más... —se lamentaba Vicky.

Johnny había sido invitado a repetir su extraña declaración en el puesto de policía.

La firmó, después de que otros agentes le hicieron varias preguntas para ver si el escritor se contradecía.

—En efecto —dijo Lunnen—. Efectuamos una redada, pero hay algo que no concuerda en su declaración.

—Les he dicho toda la verdad. Pueden comprobar todo lo que quieran. No es cierto que yo marchara huyendo... al menos por la calle. Se lo he contado todo.

—Mire, señor Monroe —atajó Lunnen—. He hecho una comprobación y debo informarle que la policía no estuvo en esa casa a la que, según usted, le llevaron. La casa donde apareció asesinada la drogadicta.

—¿Qué?

—Que no había ninguna orden contra esa casa...

—¡La policía estuvo llamando a la puerta! Pregunten a Nelia o como se llame. Ella fue la primera en huir.

—Nelia dice que ella marchó cuando usted llegó, y que le dejó con Flora.

—¡Eso es falso! Fue ella quien me llevó a la casa y dijo que la mujer que estaba en la cama era Juanita. Me llevó con engaños... Bueno... eso no voy a alegarlo. Sé que fui un estúpido, que debí haberme marchado, pero ¿cómo iba a suponer que luego vendría todo ese jaleo?

—Bien... ¿Insiste usted que huyó al oír los golpes en la puerta?

—Sí. Insisto porque es la verdad. Y los que gritaban al otro lado dijeron que eran policías.

El inspector hizo una seña y el escribiente tomó unas notas.

—Bien —dijo entonces Lunnen—. Vayamos por la segunda parte... ¿Quiere hacer el favor de venir conmigo, señor Monroe?

Johnny estaba impaciente. Estaba viendo con claridad meridiana

que no parecían creerle en absoluto.

Las doce del mediodía, el barco seguía navegando. De Yonia ni rastro.

La primera información de uno de los hombres rana fue escueta:

—De momento no hay nada. Pero precisamente ésta es la zona más difícil de la costa.

—Sigán buscando. —Fue la orden del capitán del *ferry*.

Describir el estado de ánimo de Vicky Monroe sería obvio. Cualquier madre estaría en las mismas condiciones, ante la desaparición de su hija, y además, del modo más estúpido, menos pensado. Absurdo casi.

—Esto debe ser una pesadilla, Dios mío... No es posible. No... No es posible. Yonia... hija mía...

La rueda de detenidos tenía un testigo. Rayvez, que, a través de un cristal, observó la plataforma por la que desfilaron cuatro hombres. Entre ellos, Johnny Monroe. Naturalmente no tuvo ninguna dificultad en señalar al escritor.

—Ése es. Estoy seguro.

Nelia fue invitada a hacer lo mismo y, por supuesto, señaló también a Johnny.

—Sí. Es el hombre que ayer estuvo visitando a Flora.

Lunnen dio por terminada la rueda. Johnny Monroe todavía ignoraba quiénes eran sus testigos de cargo.

El inspector Lunnen habló con uno de sus ayudantes y comentó:

—Ahora, el careo. No os vayáis lejos. Habrá jaleo.

Hubo jaleo.

Lo hubo cuando Nelia y Rayvez señalaron a Johnny sin la protección del cristal y en el despacho de Lunnen.

—¡Mientes! ¡Esto es un maldito complot! —Johnny había perdido el aguante y trató de abalanzarse contra el afeminado.

—¡Quieto! —Un par de agentes surgieron a tiempo para impedir que el escritor completara su acción.

Aún así, Johnny demostró que necesitaba a más de dos hombres para que le sujetaran, porque logró soltarse y descargó un gancho en el mentón de Rayvez, que lo mandó contra la mesa, le hizo dar una voltereta, y sólo entonces, con la ayuda del propio Lunnen consiguieron que no bisara su actuación.

—¡Basta, Monroe! Haga el favor de comportarse...

—No pueden dar crédito a lo que diga ese...

—¡Cuidado con lo que dice, Monroe! —advirtió Lunnen.

—Escuche, inspector, soy un ciudadano honrado. Nunca me he metido en líos...

—Estudiaremos sus antecedentes, Monroe, no se preocupe... Y averiguaremos lo necesario hasta esclarecer los hechos. Llévense a éstos. —Y Lunnen señaló a los dos testigos.

—¡Tendría que detenerlos a ellos, inspector! —exclamó Johnny, mientras los dos salían, y Rayvez lo hacía acariciándose la barbilla, y medio atontado aún por el golpe.

—Le he dicho que esa mujer murió en mi presencia, de muerte natural o a causa de las drogas... Admito que pudo fingirlo. No sé... en aquel momento deseaba huir de allí, alejarme de cualquier posible lío... ¡Cielos! ¡Cuántas veces tendré que contarle!

Lunnen recibió un informe, lo leyó y murmuró:

—La muerte de esa mujer se produjo entre las 8,30 y las 9,30. Es el informe del forense... ¿A qué hora dice que abandonó usted la casa?

—Debían ser... las 7... No sé exactamente, no lo recuerdo. Pero a las 9,30 sí sé que ya estaba de vuelta a casa.

—Su mujer podría confirmarlo, claro.

—Pues claro —asintió el escritor.

—¿Y a las 8,30?

—No sé... Estaría de camino.

—Pediré al forense que trate de precisar más.

—Y entretanto, ¿qué piensan hacer conmigo? ¿Debo considerarme detenido?

—Aún no, señor Monroe... Sólo retenido, y le aseguro que no permanecerá aquí ni un segundo más de lo que la ley autoriza. Compréndalo, cumplimos con nuestro deber. De todos modos... si quiere llamar a un abogado...

—No necesito a ningún abogado.

Lo dejaron sólo durante bastante rato. Los nervios de Johnny estaban desatados.

Los nervios de Vicky habían llegado al límite. Tuvo un ataque y se desmayó.

—Quizá sea mejor —comentó el médico de a bordo—. Esa

señora está desquiciada. Le administraré un calmante.

Terry lloraba al lado de su madre.

—Tranquilízate, muchacha... Tú también necesitas un calmante
—añadió el doctor.

Yonia seguía sin dar señales de vida.

CAPÍTULO V

—¿Qué me dice usted de esto? —preguntó Lunnen, mostrando a Johnny dos objetos tan extraños como desconocidos.

Uno de los objetos era un libro: la Biblia.

—Esto no es mío —murmuró Johnny—. Conozco todos los libros de mi biblioteca...

—Pues estaba en ella.

—¿Eeh? ¿Es que han entrado en mi casa...?

—Con una orden del juez.

—Pero... ¿qué demonios buscan...?

Lunnen abrió la tapa del libro. No era tal libro, sino una caja. Las hojas eran pura imitación, sólo recortes, que ocultaban el recipiente, bastante grande, porque el libro también lo era. La cavidad de la falsa «biblia» se encontraba completamente llena de paquetitos...

—¿Sabe lo que hay, Monroe?

—¿Cómo voy a saberlo? —Pero Johnny empezó a sospecharlo.

—Droga. Cocaína... De buena clase. Un kilogramo exactamente... Y ahora veamos esto...

—Pero...

El policía le mostró una navaja automática. El arma que había servido para asesinar a «Juanita».

—Sin huellas, cuidadosamente borradas. Curioso, ¿no? Estaba en su casa... ¡Ah! Hay algún resquicio de sangre. Fue lavada, desde luego, pero quedó algo. Lo pasaremos al laboratorio. Quizá descubramos algo interesante, en el supuesto de que usted no quiera ahorrarnos esa molestia.

—Inspector... Se lo suplico... Debe creermelo. Esto es una trampa... Yo jamás he tenido esas cosas en casa...

Lunnen no contestó. Alguien vino a decirle algo y desapareció dejando nuevamente a Johnny, pero esta vez acompañado de dos

policías.

El inspector tenía visita. Juanita.

—Gracias por haber venido, señorita. Luego podrá ver a John Monroe. Ahora contésteme a unas preguntas, por favor.

—Con mucho gusto... si puedo contestarlas.

Habían transcurrido ya cuatro horas desde la salida del barco con rumbo a la isla. Yonia seguía en el más impenetrable de los misterios.

Vicky dormía gracias al calmante. Terry estaba con sus amiguitas. Dos muchachas de su edad aproximadamente, ambas compañeras de colegio, y que habían coincidido en el mismo barco.

Ellas también estaban preocupadas por la suerte de Yonia.

—Hemos buscado, ¿sabes? Pero este barco es enorme.

Janet cree que ha podido caerse en la sala de máquinas.

—Pero... si la han buscado por todas partes, y han registrado los camarotes...

Uno de los marinos pasó cerca de las niñas. Era un hombre de aspecto veterano. Las oyó hablar, y murmuró:

—Una vez, una niña estuvo perdida toda la travesía y no la encontraron hasta que el barco estaba a punto de zarpar, de regreso.

—¿Y dónde estaba? —preguntó Terry.

—Se quedó dormida en la bodega. Se metió dentro de una caja y por eso no la encontraron. Luego, cuando despertó y quiso salir, no supo por dónde, se asustó y acabó desmayándose. Al cargar el barco nuevamente se dieron cuenta...

—¿Han mirado ya en la bodega? —inquirió una de las niñas.

—Sí, hijitas, pero no os preocupéis; si está en el barco, saldrá. Tened confianza en el tío Bell. ¿Queréis un caramelo? ¿O chicle?

Las tres negaron al mismo tiempo. Ninguna se lo deseaba de comer golosinas. El marino se alejó.

—¿Por qué no intentamos buscarla nosotras otra vez? —propuso una de las amigas de Terry.

Y la otra añadió:

—Sí, pero no nos separaremos, ¿eh?

Y las tres emprendieron la búsqueda, que cada vez resultaba más desesperada.

Juanita había confirmado las palabras de Johnny:

—Todo lo que les ha contado es exactamente lo mismo que me dijo a mí —admitió la mujer.

—¿Y dice usted que eran poco más de las siete cuando John Monroe entró en su casa?

—Sé que acababa de mirar el reloj. Sí. Eran las siete y diez minutos.

—¿Y cuándo marchó?

—A las ocho y cuarto.

—¿Lo vio tomar un taxi?

—No, eso no.

—O sea, que pudo regresar a esa casa y matar a Flora...

Juanita sonrió.

—La verdad es que... se hace difícil imaginar que Johnny...

—Usted misma confiesa que llevaba muchos años sin verle.

—Sí, es verdad.

—¿Y no le chocó que, de repente, se hubiese acordado de usted? Justamente, cuando oyó las sirenas de la policía.

—Bueno, me buscaba antes.

—Eso es lo que le dijo él.

—Por supuesto.

—Bien... Puede verle si lo desea...

—Sí, inspector. Gracias. Pero recuerde lo que le he dicho, yo conozco poco a la gente de mi barrio, sobre todo, desde que ha cambiado tanto, pero no se fíe de algunas personas.

—No me fío de nadie, señorita. Venga por aquí.

Instantes después, Juanita y Johnny se entrevistaban en una pequeña salita privada. A solas.

—Siento no haberte traído buena suerte, Johnny. Le he dicho al inspector que no puedo creer que tú seas el culpable de ese crimen.

—Tú no tienes la culpa, Juanita. Ojalá hubiese abierto la puerta ayer, cuando llamó la policía... Ellos dicen que no fueron a aquella casa y empiezo a pensar que eso también formaba parte de la trampa... Pero ¿quién la planeó? Nadie sabía que iría a esa calle... Es todo tan absurdo... Fue... fue al preguntar por ti.

—Johnny... ¿Necesitas que te busque un abogado?

—Pero si yo no...

—Johnny, ponte en la realidad. Lo vas a necesitar. ¿Quieres que

llame a alguien?

—Pues... no. Esperaré. De momento, estoy retenido tan solo. ¿O acaso el inspector te ha dicho algo?

—No, no me ha dicho nada.

—Gracias por todo, Juanita... Perdona por haberte mezclado en todo. Tuve que decir en qué había empleado el tiempo.

—Lo comprendo... Si necesitas algo, llámame... ¡Ah! Avisarás a tu mujer, ¿no?

—Tendré que hacerlo, claro, a menos que... que adviertan su error. No quisiera preocuparla.

Juanita se despidió con un apretón de manos y una mirada de compasión.

Transcurrió otra media hora. El barco estaba justo a mitad del trayecto.

Fue una de las amiguitas de Terry la que encontró sobre la cubierta superior el yo-yo.

—Mira, alguien debe haberlo perdido —dijo, tomando el juguete.

—Déjame un momento —pidió Terry, y cuando lo tuvo entre sus manos, lanzó una exclamación:

—Es de mi hermana. Estoy segura de que es de Yonia —afirmó.

—Pero si es una marca muy corriente —repuso la amiga.

—¡Es de ella! Lo conozco por el cordel. Estaba un poco deshilachado, justo como éste —insistió Terry.

Momentos después el capitán era informado del hallazgo, y quiso saber dónde se había producido.

Las tres jovencitas acompañaron al capitán, junto con un par de hombres de la tripulación.

—Aquí. Lo encontró Marina —dijo Terry, señalando a su amigueta.

—Sí. Aquí —adujo la aludida.

—Está cubierta pertenece a la tripulación —murmuró el capitán—. No está permitido pasear por este sector. Si tu hermana pasó por aquí... —El capitán quedó pensativo unos instantes—. Bueno... resulta bastante extraño que nadie la viera.

Observó las tres puertas próximas adonde había sido encontrado el

yo-yo.

Llamó al tercer oficial, que no tardó en aparecer.

—¿Ocurre algo, señor?

El capitán le mostró el

yo-yo,

diciendo:

—Es de la niña desaparecida. Lo encontraron aquí.

—Es extraño. A Loder le hubiera llamado la atención y siempre suele estar por aquí.

—Loder estaba aquí cuando salió el barco. Ya he hablado con él. Tampoco la vio.

Loder apareció en aquellos instantes, por el lado del puente. Las niñas le reconocieron. Era el marino que les había contado la historia de otra niña que se perdió.

—¿Han encontrado algo? —inquirió al ver a los oficiales.

—Las niñas creen que la pequeña tuvo que pasar por aquí.

—Esto es imposible, señor. Ya dije que...

—Sí, sí, Loder, y a todos nos parece extraño... En fin... Por otra parte, desde aquí no pudo haberse caído al agua. Fijaos —indicó a las niñas—. En esta parte, la barandilla está muy alta. Hubiera tenido que subirse a ella, y siguiendo por aquí... veamos.

El capitán tomó la delantera, intentando seguir los posibles pasos de Yonia.

Al final de la zona reservada había una valla corredera que era fácil de abrir para pasar a la parte de popa, donde algunos viajeros tomaban el sol, sentados en hamacas. Más allá, en el centro de la cubierta, estaba la piscina mayor. En ella se bañaban unas cuantas personas.

El agua, transparente, permitía ver hasta el fondo. Yonia no estaba allí tampoco.

—Seguiremos buscando —dijo Terry, resuelta, pero el capitán les previno:

—Tened mucho cuidado. Sé que deseáis encontrar a Yonia, como todo el mundo, pero tengo que prohibiros que os metáis en lugares no autorizados podríamos tener un accidente. Por favor, niñas, obedecedme. Es por vuestro bien. Recorred el barco, pero sólo en donde esté permitido.

Las niñas desaparecieron por el mismo lugar. Marina tuvo una

idea:

—¿Y si la hubiesen secuestrado?

Todas cambiaron una mirada entre sí. Estaban asustadas.

Y entretanto...

—Le han mandado un abogado —dijo uno de los guardianes de Johnny.

Johnny seguía aturdido. No comprendía nada es absoluto de lo que le estaba ocurriendo.

El abogado se presentó, de parte de Juanita, y ambos dispusieron de la pequeña estancia rectangular para poder hablar a solas.

Johnny apenas se fijó en el aspecto de aquel desconocido. Era joven, más o menos de su edad, y vestía un traje de fresco color crema. Llevaba corbata azul, y tenía la tez tostada por el sol. Era un hombre elegante, y su voz sonó muy serena y refinada.

—Echaré un vistazo. —Y miró en derredor—. Me gusta tener la seguridad de que estoy verdaderamente solo con mis clientes.

—No importa que nos escuchen —espeto Johnny, reaccionando—. No tengo nada que ocultar. He contado la verdad un montón de veces. No hay duda de que se trata de un complot contra mí, una conspiración, pero ¿por qué?

El abogado quedó satisfecho de su inspección y sonrió.

—Bien, amigo. Antes que nada quiero que me escuche a mí. Que me escuche atentamente. Lo que voy a decirle es de suma importancia. De suma importancia para usted.

Parecía recrearse en recalcar las palabras. Johnny se fijó en él, por primera vez.

—Sí, diga —pidió.

—Se trata de su familia en general y de su hija en particular. La menor de sus hijas se llama Yonia, ¿verdad?

—No comprendo —Johnny frunció el entrecejo. ¿Por qué le hablaba de su familia aquel desconocido?

El abogado continuó:

—Sabemos que, en estos momentos, su esposa y sus dos hijas viajan a bordo del *ferry* que se dirige a la isla.

—Sí, pero... ¿qué tiene que ver?

—Permítame que continúe hablando, amigo. Ya le he dicho que es muy importante para usted.

—¿Qué significa todo esto? ¿Por qué mezcla a mi familia?

—¿Me deja hablar? —preguntó el otro, suavemente.

—Sí, hable. Hable de una vez.

—Su hija Yonia ha sido secuestrada. En estos momentos, es casi seguro que todo el personal del barco estará buscándola, pero no la encontrarán.

—¡Pero...! —Johnny se puso en pie de un salto. El abogado trató de calmarle inútilmente.

—Es mejor que me deje continuar.

—¿Qué clase de canallada es ésta? —Johnny había tomado al abogado por las solapas y le zarandeaba con violencia.

—No grite, o le aseguro que jamás volverá a ver a su hija.

—¡Guardia!

—Se lo aseguro. Esto va en serio. Si dice una palabra, Yonia morirá. Depende del teléfono.

Un guardia abrió la puerta, acudiendo a la llamada del preso.

—¿Ocurre algo?

—Nada —sonrió el abogado—. Johnny está nervioso. ¿Verdad? Piense en esa llamada que debo hacer. Y debo hacerla yo personalmente.

El guardia seguía en la puerta. Johnny trató de serenarse. Ante todo, pensaba en su hija, en las palabras que había soltado aquel desconocido. Sí. Era conveniente saber hasta dónde quería ir a parar.

—Puede dejarnos solos. Por favor.

El guardia miró con recelo a los dos hombres.

—Se lo ruego —pidió el abogado, a su vez—. Monroe no está de acuerdo con mis consejos. En su caso, es lógico, pero yo debo ayudarle.

El guardia cerró sin pronunciar palabra.

Johnny saltó materialmente sobre el desconocido.

—¡Ahora, hable claro! ¿Qué significa todo esto?

—Me está arrugando el traje, amigo... Tenga calma y escuche...

—¿Qué le han hecho a mi hija? Lo sabré. Hablaré con el inspector y...

—No, Johnny. Usted no hablará con nadie. ¿Comprende? Bien... Sigamos... Su hija será devuelta intacta, si usted hace exactamente lo que yo le diga ahora.

Tras una breve pausa, continuó:

—No puede decirse que haya tenido usted buena suerte, pero en la vida, ya se sabe, unos ganan y otros pierden. A usted le ha tocado perder... Tendrá que declararse culpable.

—Pero... ¿qué está diciendo?

—La vida de su hija, a cambio de que se declare usted culpable de lo que le acusan.

—¡Está loco!

—Bueno, un padre, normalmente, está siempre dispuesto a sacrificarse por un hijo. ¿No es así?

—Usted está loco...

—¡Tranquilo, amigo! Tal como le he dicho, yo debo salir de aquí y hacer cierta llamada telefónica. Insisto en que debo hacerla personalmente... Dentro de... cinco minutos exactamente —consultó el reloj y añadió—. Si la persona que aguarda está llamada no la recibe, procederá en consecuencia... y usted no volverá a ver a su hija. Luego, seguirá la mayor y también su esposa, si fuera necesario.

—¿Quién...? ¿Quién le manda a usted?

—Juanita me dijo que estaba usted en un apuro, y yo... acudí.

—¡Juanita! ¡Maldita sea! Pero... ¡Dios mío! ¿Por qué? ¿Por qué? El abogado se encogió de hombros.

—Cuestión del azar. Necesitábamos a alguien, y apareció usted. En fin, déjeme que continúe. Sólo quedan cuatro minutos, y debe saber usted algunas cosas más.

CAPÍTULO VI

El falso abogado había dado instrucciones concretas a Johnny.

Primero: debía declararse culpable.

Segundo: debía aceptar la acusación de que era poseedor de drogas, en calidad de distribuidor de las mismas.

Tercero: debía decir a la policía que ignoraba la procedencia de la droga, y que su misión era entregarla a un tal Readclive, en el barrio marinero, calle de la Playa 17.

Cuarto: había tenido que matar a aquella mujer porque amenazó con denunciarle, si no le facilitaba más droga.

Quinto: conocía a la muerta a través de Readclive. La había visto en su casa, un día que fue a entregarle «una biblia».

Eso era todo.

A cambio, se le prometía que Yonia volvería con su madre, sana y salva.

¿Qué cómo podía cerciorarse de que el falso abogado había dicho la verdad, en lo concerniente al secuestro de Yonia? Muy sencillo, podía pedir que le dejaran llamar al barco. Eso pensaba hacerlo, desde luego.

¿Qué ocurriría si denunciaba a aquel sujeto? Pues quedó también bastante claro. A él. —Al falso abogado—, le detendrían. Pero Yonia moriría.

«Es un riesgo que debo correr», había dicho, con su sonrisa burlona.

Y además, había mostrado a Johnny un revólver, provisto de silenciador, una granada de mano y un pequeño bote de humo.

«Lo suficiente para abrirme paso. —Había añadido también—. Si caigo, mala suerte, pero piense en la vida de su hija y la de los suyos, porque no nos detendremos en Yonia».

Sí. Éstas habían sido sus últimas palabras, y Johnny no tuvo valor para arriesgarse y gritar la verdad. No podría jugarse la vida

de su hija. Ni aunque aquel hombre mintiera para asustarle, no podía correr el albur. La vida de Yonia valía demasiado para él y no le quedaba otro remedio que, al menos de momento, seguir el juego del desconocido.

Ahora, apenas el abogado había salido, pidió que le dejaran llamar por teléfono.

—Es muy importante, inspector Lunnen.

—Bien... Si desea usted informar a su familia, está en su derecho. Deme el nombre del barco. La conferencia corre a su cargo, por supuesto —dijo Lunnen.

—¡Dese prisa!

Los cinco minutos que tardaron en darle la comunicación a Johnny, se le hicieron eternos.

Por fin consiguió hablar con Terry.

La voz angustiada de su hija le hizo comprender que su visitante no le había mentado.

—Seguramente, mamá no te lo hubiera dicho, pero ella no puede ponerse ahora. Se desmayó y le dieron un calmante... Y Yonia no ha aparecido... ¡Papá! —Y Terry rompió en sollozos.

—Calma, calma, Terry. No pasará nada... No pasará nada...

—Papá, ven... Toma el avión. Ven...

—Sí, hija, sí... Escucha. Tienes que escucharme, Terry. No llores... ¿Me escuchas?

—Sí, papá.

—Cuando lleguéis a la Isla, id directamente a la casa.

—Pero...

—No te preocupes. Haced lo que os digo. Yo quizá tarde unos días en poder llamaros. Por favor... Cuida de tu madre. No ocurrirá nada, querida. Ahora, debo colgar. Adiós.

Colgó. El inspector le miraba fijamente.

—¿Ocurre algo?

Johnny guardó silencio. El timbre del teléfono sonó. Lunnen tomó el aparato y lo pasó al detenido.

—Es de su abogado. Dijo que se le había olvidado decirle algo.

Johnny se puso a la escucha. La voz suave del desconocido machacó:

—¿Ya ha hecho la comprobación, Johnny?

—Sí.

—¿Y bien?

—Espero que cumpla su palabra.

—Sí, Johnny. La cumpliré... pero necesito, antes, ver en los periódicos la noticia de su declaración de culpabilidad. Eso es todo. Y colgó.

—¿Por qué no ha dicho la verdad a su familia? —preguntó el inspector Lunnen.

—Quiero hacer una declaración, inspector. —Fue la decidida respuesta del escritor.

—De acuerdo. Puede empezar. —Y Lunnen hizo una seña a su ayudante para que tomara nota.

El ayudante comenzó a teclear la máquina de escribir, y, cuando hubo terminado con el prólogo, el inspector hizo una seña a Johnny.

—¿Acepta que declara usted libremente, sin ser objeto de coacción o amenaza?

—Sí, acepto.

Pero Johnny no empezó todavía. Pensaba. No podía conformarse con seguir las instrucciones de aquel canalla. Por eso decidió hacer algo más.

—Inspector, ¿puedo hablar, primero, con usted, a solas?

Tras un silencio, el policía asintió.

Cuando su ayudante hubo salido del despacho, Johnny hizo una pregunta:

—¿Me da su palabra de honor de que guardará absoluto secreto de todo cuanto le diga?

—¿Secreto? Si es algo que afecta al caso, no puedo darle mi palabra. Compréndalo. Sería mentirle.

—Inspector, sólo deseo su palabra en aquello que pueda afectar a personas allegadas. A mi familia, en concreto.

—De acuerdo, si es así, tiene mi palabra. Explíquese.

Johnny empezó a hablar para contar a Lunnen, palabra por palabra, lo que le había exigido el falso abogado.

—Ha telefoneado papá —dijo Terry a su madre.

Vicky acababa de despertar. El efecto del tranquilizante había durado menos de lo que esperaba el doctor. Vicky volvió a la realidad, sobresaltada.

—¿Tu padre? ¡Dios mío! Se lo has dicho... ¡Oh! ¿Y Yonia...?

—Se lo he dicho todo, mamá... Yonia no ha aparecido.

—¡Dios mío! —Vicky se puso en pie—. Debo hablar con el capitán.

—La han buscado por todas partes y siguen buscándola... Hemos encontrado su

yo-yo

en la cubierta superior.

Terry acompañó a su madre hasta el lugar donde habían descubierto el juguete.

Vicky, a pesar de los efectos relajantes del medicamento que le había administrado el médico de a bordo volvía de nuevo a su estado de excitación.

—¡Dios mío! Nunca debimos realizar este viaje solas... ¿Qué ha dicho tu padre?

—Que... que todo saldría bien.

—¿Eso ha dicho?

—Sí. Y que fuéramos directamente a casa, que él volvería a llamarnos.

—¿Cómo vamos a ir a casa sin Yonia? ¡Oh, no! ¡Para mí ya ha terminado todo...! No comprendo cómo tu padre pudo decir que todo saldría bien.

—Mamá... Marina ha dicho que quizá hayan raptado a Yonia...

—¿Raptado?

—A veces, ocurre... Los periódicos siempre llevan noticias de secuestros.

—Pero nosotros no somos ricos, Terry... Cuando secuestran a alguien es porque esperan cobrar un buen rescate, pero nosotros...

El médico, acompañado del capitán, apareció por el otro extremo.

—¡Oh, señora Monroe...! ¿Está usted levantada? ¿Qué tal se encuentra?

—¿Cómo quiere que me encuentre, doctor? —preguntó Vicky, a su vez.

Intervino el capitán para comunicar:

—Señora Monroe... He comunicado con las autoridades de tierra. Dentro de dos horas y media, el barco llegará a puerto. Si de aquí a entonces, su hija no ha aparecido, la policía cuidará de las gestiones pertinentes. Es evidente que la pequeña no está en el

barco. He estado pensando y... En fin, pueden haber ocurrido muchas cosas. Una de ellas es que Yonia se encuentre en tierra. La policía de la ciudad también está alertada. Su hija está siendo buscada, a partir del puerto. De todos modos, a nuestra llegada, permitiré que los agentes hagan un nuevo registro en el barco. Ya ve que he hecho todo lo posible. Para mí, todo esto es inexplicable; nunca había ocurrido una cosa semejante.

—El marinero Loder dijo que una vez se perdió una niña y la encontraron en la bodega —adujo Terry.

—Tal vez no fue en este barco —repuso el capitán, dirigiendo una mirada benévola a Terry—. Desde que yo gobierno la nave, jamás habíamos tenido un caso semejante. Es inexplicable, pero seguiremos buscando, señora.

El médico recomendó una vez más tranquilidad. Luego, Vicky y Terry quedaron solas de nuevo, en la cubierta reservada a la tripulación.

—Si fuera un secuestro —murmuró Vicky—, podría estar encerrada en cualquier camarote... Quizá... la han narcotizado para que no gritara.

—¡Pobre Yonia! —exclamó Terry.

—¡Vamos! Entraremos a todos los camarotes.

—El capitán dijo que...

—¡No me importa lo que dijo el capitán! Es mi hija... Es tu hermana... ¡Vamos!

—Tenía que haberme dicho esto antes, señor Monroe —murmuró Lunnen, después de haberse ausentado varios minutos del despacho, donde Johnny quedó aguardándole, después de haberle explicado la verdad.

—¿Cuándo, inspector? Aquel hombre me amenazó... Se trata de la vida de mi hija.

—Sí, comprendo... Pero, teniéndole aquí, todo habría resultado más fácil. ¿No lo entiende? Él se jugaba la vida con ello... Y, nadie apuesta tan fuerte.

—Iba bien armado, inspector... Llevaba, también, una bomba de humo. Tiene una gran seguridad en sí mismo. No, no podía arriesgarme. Pero ahora que lo sabe... piense que, si da un paso en falso, Yonia puede morir. Usted me dio su palabra de que...

—Sí, sí, Monroe... De acuerdo. No pondré en peligro la

seguridad de su hija...

—¿Qué... ha averiguado?

—He llamado al barco. He hablado con el capitán. Es cierto, su hija ha desaparecido.

—¡Quiero ir a la isla, inspector! Voy a tomar un avión... Un helicóptero, si es posible... Me gustaría estar en el barco.

—Eso, ni lo sueñe.

—No continuará reteniéndome, ¿verdad? Se lo he explicado todo...

—Todavía no sé si me ha dicho toda la verdad.

—¿Qué más quiere que le diga, inspector?

—He mandado a mis hombres a casa de esa Juanita...

—¡Oh, no! ¡No debió hacerlo! ¿No lo comprende? Si ven policías en aquella casa, sabrán que yo he hablado... ¡Dios mío! Usted me dio su palabra.

—¡Cálmese, Johnny! Mis hombres conocen su oficio. Si a su hija le ocurre algo, no será por mi culpa, ni por la de mis agentes. Todo se hará con discreción.

—Déjeme marchar, inspector. Tengo un amigo en la compañía marítima. Me facilitará un helicóptero.

—No. Usted no se va de aquí. Quiere salvar a su hija, ¿verdad...? Publicaremos su declaración de culpabilidad a la Prensa. Saldrá en todos los periódicos de la tarde. La nota ya está pasada.

—¡De acuerdo! Pero si no ponen el retrato, puedo circular tranquilamente. Sólo soy un nombre: John Monroe. Nadie tiene por qué saber que estoy libre...

—Basta, Johnny. Déjeme llevar las cosas a mi modo. Este asunto no está nada claro.

Johnny golpeó la palma de la mano zurda con el puño derecho. Estaba nervioso, excitado. Miró a su alrededor. Estaba solo con Lunnen.

—No puede... No puede retenerme... —se aproximó al inspector.

Johnny le alcanzó. Le hizo dar la vuelta con violencia y le golpeó con toda su fuerza, alcanzándolo en el mentón. El inspector acusó el ataque por sorpresa y cayó de bruces, quedando momentáneamente atontado.

Johnny, sin vacilar, corrió hacia la puerta. La antesala del despacho estaba vacía. Procuró serenarse y cruzó hasta el inmediato corredor. Vio a un par de agentes uniformados, hablando. Pasó ante ellos.

Uno reaccionó, cuando John estaba cerca del vestíbulo.

—¡Eh, oiga...!

—Tengo permiso del inspector —repuso Johnny, procurando aparentar serenidad.

Aceleró el paso, cruzó rápidamente el vestíbulo y alcanzó la puerta.

—¡Eh! —le gritaron.

Johnny estaba ya en la calle, y allí sí que echó a correr a pleno pulmón. Se cruzó con un taxi y le detuvo.

—¡Deprisa! —ordenó. Dio las señas de su casa y prometió una buena propina al chófer, si procuraba llegar en el menor tiempo posible.

CAPÍTULO VII

—¡Déjenle! —ordenó el inspector, acariciándose la barbilla—. Pega fuerte, pero no lo suficiente para haberme dejado fuera de combate...

—¿Le dejó usted escapar? —inquirió su ayudante, en presencia de dos guardianes uniformados, que habían acudido para saber qué ocurría.

—Sí. Puede que se meta en algún lío, pero estaremos cerca de él. Es lo que nos conviene, en estos momentos. Será nuestro cebo... Aunque, con ello, arriesga la vida de su hija... Ojalá Dios le ayude.

Johnny pasó fugazmente por su casa. Hizo detener el taxi una manzana antes, creyendo que la policía pudiera haberle seguido. Tomó todo el dinero en efectivo que poseía, y el talonario de cheques. Luego, con el mismo taxi, pasó por el Banco y retiró la totalidad de su cuenta.

Había empleado veinte minutos cuando llegó a la terraza del edificio de la compañía marítima. Desde allí llamó a su amigo.

—David, soy yo, Johnny. Johnny Monroe. No digas nada. Ya te contaré... Necesito un helicóptero...

La voz de su amigo sonó con cierta gravedad.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó.

—No importa, ahora... Necesito ir a ese barco. ¿Crees que podré alcanzarlo antes de que toque puerto?

—Sí... Puedes ir en... una hora.

—¿Desde cuándo sabéis lo del secuestro de Yonia?

—¿Secuestro? Sabemos que ha desaparecido... ¿Es un secuestro?

—No, no... Bueno... No importa. Se me ocurrió llamar a mi esposa y por eso me he enterado.

—¡Oye, Johnny! Comprendo que quieras estar al lado de tu mujer, pero no es seguro que tu hija esté a bordo. Nadie sabe nada en concreto. Puede que, momentos antes de zarpar, bajara de él.

—Por favor, David. No perdamos tiempo.

—De acuerdo, Johnny... Y no te preocupes. Conseguiré que la compañía corra con los gastos de ese desplazamiento. Espera aquí.

—David... Ahora no puedo decirte nada, pero preferiría que no dieras mi nombre, de momento. Ya te contaré más tarde. Esto debe quedar entre tú y yo. Es muy importante, David.

—Bueno, bueno. Estás nervioso, lo comprendo —David cortó la comunicación.

Diez minutos más tarde, un piloto conducía el helicóptero que llevaba como pasajero al joven y nervioso padre de la muchacha secuestrada.

—Es lo que usted dijo, inspector —comunicó el ayudante de Lunnen—. Ha salido hacia el barco, en un helicóptero de la compañía.

—Comunique con la policía marítima. Necesito estar en contacto permanente con los servicios de vigilancia del barco —repuso el inspector.

—Sí, señor.

Faltaban cincuenta minutos exactamente para que el barco llegara a puerto, cuando el helicóptero pidió permiso para posarse sobre la cubierta.

El capitán, junto al radiotelegrafista, dio su consentimiento, y el aparato descendió rápidamente, soltando la escalerilla para que Johnny bajara.

El escritor fue recibido por el capitán. Se identificó, agregando inmediatamente:

—Se trata de un asunto de vida o muerte, capitán. Nadie debe saber que soy el padre de la muchacha. Se trata de un secuestro, pero no puede ser divulgado.

—¿Un secuestro? ¿Tiene alguna prueba? ¿Le han llamado?

—Sí, capitán. He hablado con uno de los secuestradores.

—¿Le ha dicho si su hija estaba a bordo?

—No dijo nada. Solamente, que no la encontraría nadie. Yo quiero estar al lado de mi esposa.

—Sí, lo comprendo.

—¿Cuento con su discreción?

—Por supuesto.

—Gracias, capitán. Ahora indíqueme el camarote de mi esposa.

—Está rondando por el barco. Ella y su hija...

—Bien, avísenle que espero. Por favor, que nadie me acompañe. Conozco el barco, sólo dígame la cubierta y el número.

—Es el

42-C.

Ya sabe...

—Gracias. —Y Johnny se separó del capitán para dirigirse al camarote de su mujer.

Tras cinco minutos de espera, tuvo ocasión de abrazar a su esposa y a su hija. Fue el encuentro más dramático de toda su vida de casados.

Recomendó a Terry absoluto silencio y seguidamente explicó cuál era la situación.

La presencia de Johnny reconfortó a su mujer, y las palabras del marido le llevaron un aliento de esperanza.

—Ya sabes lo que me han prometido. Esta tarde, los periódicos publicarán la noticia de mi confesión. Espero que, entonces, cumplan la palabra de devolvemos a nuestra hija.

—Pero... ¿Dónde?

—No lo sé... Tú irás a la casa de la isla. Yo regresaré en el primer avión, y aguardaré allí. Pero entre tanto, quiero saber cómo ocurrió todo.

—Yo te lo diré, papá —empezó Terry.

—Bueno. Contádmelo entre las dos, pero sin omitir detalle... Puede que esté en el barco y, si pudiéramos encontrarla antes...

Madre e hija fueron turnándose para explicar la desaparición de Yonia, desde el momento en que la advirtieron.

El inspector Lunnen tenía en sus manos el mensaje telegráfico procedente del barco. El inspector de guardia del *ferry* había facilitado un informe completo.

El mensaje terminaba dando cuenta de la llegada de Johnny Monroe a bordo. Y añadía:

«Procedo investigación posibles sospechosos. En principio, pasajeros apariencia normal. Turistas de la época».

Dejó el mensaje sobre la mesa y preguntó a su ayudante:

—Los agentes han estado haciendo preguntas, pero hasta el momento, no existe ninguna pista. Si sacaron a la niña del barco

para llevarla a algún sitio, debió resultarles bastante fácil. Se aglomera mucha gente a la hora de salir el buque... Los que despiden a los que se van, y los curiosos en general...

—Di... ¿Y de esa Juanita?

—Juanita Loman vive en el barrio desde que nació. Últimamente está poco en casa. No suele recibir visitas.

—¿Quién ha facilitado la información?

—¡Rayvez!

—¡Maldita sea! Dije, claramente, que buscarais a otra persona.

El inspector tenía la sospecha de que Rayvez pudiera jugar con dos barajas.

—Sí, señor, yo transmití su orden. Pero... —se disculpó el ayudante.

—No me fío de ese tipo.

—Nos ha prestado buenos servicios...

—Sí. Pero siempre se guarda un as en la manga. Y me gustaría saber con quién lo juega.

Rayvez, el afeminado, estaba en uno de los lóbregos reservados de un cafetucho de la calle Almacenes; junto a él se hallaba su compañero de aspecto demencial. Ambos estaban frente al tipo que, fingiéndose abogado, había hablado con Johnny, en la comisaría de policía.

Y era éste, precisamente, quien murmuró:

—¿De modo que el escritorzuelo se ha ido de la lengua? De no ser así, la policía no hubiera andado husmeando... Bien, bien... habrá que hacer un escarmiento.

Sonó un teléfono, y el falso abogado hizo un gesto para que Rayvez lo tomara.

El afeminado habló unos momentos y luego anunció:

—Es para usted, señor Daymont.

El teléfono colgaba de la sucia pared del mismo reservado. Daymont, el elegante tipo del traje color crema, contestó a la llamada. Su informante se limitó a decirle:

—Han detenido a Readclive. —Luego colgó.

—Bueno, bueno... Al menos, nuestro hombre ha hecho algún mérito. Han detenido a Readclive, pero sigo pensando que esas preguntas acerca de Juanita... indican que Johnny se ha ido de la lengua... Humm. Voy a viajar a la isla.

—¿Alguna orden, señor Daymont? —inquirió Rayvez—. De momento, no... Pero que alguno de vosotros esté cerca de este teléfono, por sí... tuviera necesidad de vosotros. —Y el falso abogado dejó el reservado.

—¿Quién me ha denunciado? ¡Maldita sea! Yo no sé nada de este asunto... Me dijeron si quería ganarme algún dinero... Y acepté el encargo, por una sola vez...

Readclive, el hombre a quien la policía había echado el guante, por indicación de Johnny, estaba frenético ante el inspector Lunnen, que, conocedor de la historia, repuso:

—Readclive, su vida no es precisamente un libro en blanco... Tiene un bonito historial.

—¡Oiga, inspector! Llevo ya varios años viviendo honradamente. Esto de las drogas ha sido un asunto pasajero.

—Te han vendido, Readclive... Tú formas parte de un plan para distraer nuestra atención de quienes, de veras, merecen ser apresados. No quieras pagar por todos. Aunque sólo haya sido una vez, sabrás, por lo menos, a quién debías entregar esa biblia falsa, cargada de heroína.

—¡Ya le he dicho que no sé nada, inspector! La droga tenía que venir a buscarla alguien, con una contraseña. Eso es todo.

—¿Qué contraseña?

—Bueno... El que viniera a buscarla diría que «Este verano no es nada caluroso...». Precisamente, lo contrario de lo que está haciendo.

—¿Crees que, si ponemos a alguien en tu lugar, dará resultado?

—¡Yo qué sé!

—No, Readclive. Creo que te han tendido una trampa. Y es una lástima, porque vas a pagar. A menos que hagas memoria.

—Pero ¡qué memoria, inspector...! Hice esto por una miseria... y por una sola vez. ¡Lo juro!

—¿Quién te lo propuso?

—Pues... un conocido.

—Su nombre...

—Es un amigo, inspector. Él tampoco tiene nada que ver.

—Su nombre.

—¡No! Eso no conduciría a nada.

—Eso lo decidiré yo. Su nombre.

—Enciérreme, inspector. No hablaré.

—Bien... Como gustes. De momento, te dejaré que reflexiones. Después... quizá me dedique a utilizar otros medios... ¡Lléváoslo...! ¡No quiero ver a ese cerdo en mi presencia!

Johnny andaba detrás de su hija. Ella, sin hablarle, le indicó con un gesto el lugar donde había sido encontrado el yo-yo de su hermana.

El escritor le hizo una seña para que se alejara. Miró alrededor y al comprobar que no había nadie cerca, se metió en la cubierta reservada.

Momentos después, empujaba la puerta del camarote particular del tercer oficial.

CAPÍTULO VIII

No. Ni en el camarote del tercer oficial, ni en el contiguo, perteneciente al mayordomo, había nada. Todo estaba en orden.

Al ir a salir, observó que alguien se acercaba. Era el marinero Loder que, tras arrojar un escupitajo al mar, se metió en el tercero de los camarotes de aquel sector.

Johnny salió. No es que hubiese esperado encontrar nada en su registro, pero tenía el presentimiento de que su hija se encontraba en el barco, en un lugar insospechado. Era una corazonada.

La corazonada la contó a su mujer, tras reunirse otra vez con ella en el camarote.

—¿Recuerdas aquella novela que hice una vez? Se llamaba «Secuestro».

Su esposa no parecía prestar demasiada atención.

—Sí. Puede que te parezca una tontería, pero tiene algunos puntos de coincidencia... La desaparecida era una mujer, en un barco, precisamente. Nadie la encontró porque el secuestrador... era el propio capitán.

Ella hizo un mohín, como si las palabras de su marido se le antojaran un contrasentido. Johnny añadió:

—Sí, ya sé... Esto parece absurdo, en la realidad... Pero piensa en una cosa, Vicky. Éste es un asunto de drogas. Hay mucho dinero en juego, el dinero no lo manejan unos pelanas precisamente... Además... las drogas deben transportarse de algún modo... En un barco, por ejemplo... Las que se consumen en la isla... —Luego, ante el silencio de su esposa, se reprochó—: ¡Cielos! ¿Por qué tuve que ir a esa casa? ¿Por qué...?

—Johnny, tenía que suceder... No te reproches nada. Tú no buscaste lo que está ocurriendo.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué ha tenido que pasarme esto a mí?

Unos golpes en la puerta cortaron la conversación. Johnny dudó

unos instantes, e hizo una seña a su esposa, que se apresuró a preguntar:

—¿Quién es?

—¿Señora Monroe? Discúlpeme. Usted no me conoce, soy el doctor Rehmanth. ¿Puedo hablar con usted unos instantes?

Johnny asintió y buscó un lugar donde esconderse para que nadie pudiera verle en el camarote. Quería continuar guardando el máximo secreto respecto a su parentesco con Vicky.

El armario empotrado del camarote sirvió perfectamente para sus fines. Se metió en él y Vicky abrió.

El doctor Rehmanth era un hombre alto, de porte exquisito y refinados modales. Vestía con desusada elegancia, pero sin la menor afectación. Era todo un caballero.

—¿Doctor Rehmanth? —comentó Vicky, confusa.

—Permítame, señora Monroe... Me he enterado de lo que le ocurre. Imagino que ya habrá sido atendida por el personal de a bordo, pero en mi calidad de consejero de NAVESA, quisiera tener unas palabras con usted.

—¿NAVES? —inquirió ella—. ¿Es usted de la compañía naviera?

—Sí, señora. Y no me había enterado de lo ocurrido hasta hace bien poco. Los viajes por mar no me gustan en absoluto, y suelo encerrarme en mi camarote, con orden expresa de que nadie me moleste. En este caso, tampoco hubiera podido hacer nada, pero ahora, al haber sido informado, quería decirle que...

—Siéntese, por favor... —Vicky había cerrado la puerta, ofreciendo uno de los sillones del camarote. Ella ocupó el que estaba enfrente.

Rehmanth, tras ofrecerle un cigarrillo a la mujer, que rechazó, encendió el suyo, y añadió:

—Quiero decirle, en nombre de la compañía, que deploro sensiblemente el trance que usted está pasando, y puedo asegurarle que haremos lo humanamente posible para hallar a su hija. La compañía correrá con los gastos que fueren necesarios realizar...

—No creo que esto sea lo más importante, señor Rehmanth, aunque, de todos modos, se lo agradezco.

—Bien... Yo espero que la búsqueda de sus frutos, sea en el barco o fuera de él. En cualquier caso, señora Monroe, propondré a

la compañía que sea usted indemnizada para que olvide en lo posible esas horas angustiosas. En fin, señora Monroe, lamento no tener palabras... Si en algo pudiera servirle, le ofrezco mi casa, en la isla. Y por supuesto, recurriré a mis influyentes amistades para que se tomen, el máximo interés... —Se puso en pie aplastando el cigarrillo en el cenicero de la mesita, y añadió—: Por cierto... ¿Su marido está al corriente? Todos los servicios del barco están a su disposición. Supongo que el capitán igualmente se los habrá ofrecido.

—Sí, son todos muy amables... Mi marido llamó por teléfono...

—Bien, bien... Supongo que tomará el avión para reunirse con usted... Si no se ha puesto en camino, trate de localizarlo y adviértale que la compañía pondrá un helicóptero a su servicio, si lo desea.

—Se... se lo diré... Sí, señor. Gracias.

—Lamento que hayamos tenido que conocernos en tan penosas circunstancias, señora Monroe —repuso el consejero, en el momento de despedirse.

Johnny salió del armario.

—Todos quieren ayudarnos, pero Yonia sigue sin aparecer...

—Seguiré buscando... Todavía falta media hora para que el barco llegue... —consultó su reloj—. Supongo que ya habrán salido a la calle los periódicos...

Sí. Los periódicos habían salido y, en las informaciones de última hora, se daba cuenta de la captura de un asesino: JOHN MONROE, acusado, además, de intermediario en el tráfico de drogas.

Daymont, el hombre del traje color crema, leía la noticia, sentado al lado de Juanita Loman en el avión que acababa de partir, rumbo a la isla.

—¿Crees que todo saldrá bien? —inquirió Juanita.

Daymont miró la nota que venía a continuación de la noticia de la detención del escritor.

—Bueno, han atrapado a Readclive. De momento, tu escritor se porta bien.

—Sí, pero Johnny Monroe sabe, ahora, que yo te mandé a ti... Sabe que estoy detrás de todo esto...

—¿Y qué? También me vio a mí, pero no soy más que un rostro.

Ni siquiera conoce mi nombre.

—Pero el mío sí lo conoce.

—Tú ya no volverás más por la calle Almacenes, querida. Tu aspecto cambiará completamente y, si a todo esto añadimos una larga temporada en Brasil... ¿Cómo quieres que te encuentren? A propósito. Toma esto...

Daymont entregó un pasaporte a la muchacha. Sólo faltaba la fotografía y un par de sellos. Daymont aclaró:

—Cuando hayas elegido tu nueva personalidad, pondremos lo que haga falta. No te preocupes, nadie descubrirá que no es auténtico. Nuestra organización es perfecta... ¿Te teñirás rubia, verdad? Nada de pelucas. Se descubren fácilmente y, además, es un truco muy usado. Cabello auténtico. ¡Ah! Y lentillas azules, te favorecerán. En cuanto al nombre... ¿Te gusta el que he elegido?

—Sonia Aldberg... ¿Por qué tan complicado?

—Eres de nacionalidad alemana. Los alemanes viajan mucho, en la actualidad, y suelen tener dinero... Guárdalo. En la isla vas a transformar tu persona... Hoy mismo.

Ella asintió, guardando en el bolso su nuevo pasaporte.

Johnny había vuelto a la cubierta destinada al personal del barco. Ahora se hallaba en la parte opuesta al lugar donde había sido encontrado el

yo-yo

de su hija. En uno de los corredores interiores vio el nombre de «Capitán» escrito en una de las puertas y, sigilosamente, se dirigió hacia allí.

Escuchó unos instantes, para cerciorarse de que el titular no estaba dentro y, al fin, abrió, colándose en el interior de la estancia.

No había nadie en las dos piezas de que constaba el camarote. Una era el dormitorio, con su armario, un par de butacas, pequeña mesa de centro, mesilla de noche, y un ojo de buey cara al mar, en el lado estribor.

En la primera pieza estaba el despacho, sillas, butacas, la mesa...

Curioseó brevemente. Todo parecía estar en orden. Papeles, documentos, foto familiar...

Salió para registrar la habitación contigua. Era la correspondiente a otro tripulante.

Nada.

Otro camarote, otro... Yonia seguía sin aparecer.

Terminó el registro y pasó a otra zona. Tampoco obtuvo el menor resultado.

Al regresar, pasó de nuevo por la cubierta donde había sido encontrado el

yo-yo,

y vio salir al marinero Loder del único camarote que no había registrado. Aguardó a que el hombre descendiera la escalerilla, para entrar en él. Con esa última, inspección, habría concluido la búsqueda en los camarotes de los tripulantes de la nave.

Al ir a entrar, se encontró con que la puerta estaba cerrada. ¡Era la única! ¿Por qué?

Todas las demás las había encontrado abiertas, pero esa...

Intentó forzar la puerta, que no cedió. Nervioso, buscó en sus bolsillos, y sacó un cuchillo de varios usos. Eligió una especie de punzón, y lo introdujo en la cerradura. Hurgó en ella, atento, a la vez, de que nadie pudiera sorprenderle.

Tardó algunos minutos en conseguir su objetivo. La cerradura cedió, y consiguió abrir la puerta, pero no entró. Alguien subía por la escalerilla. Se apartó rápidamente, y pasó la valla para situarse en la cubierta de las hamacas.

El marinero Loder asomó un instante y una voz le llamó.

—¡Loder!

Se volvió y regresó por dónde había venido. Johnny lanzó un suspiro, porque había dejado la puerta abierta. Regresó a ella y entró.

Al revés de los otros camarotes, observó un cierto desorden. La cama tenía el colchón plegado y en el camarote se encontraban varios paquetes, un montón de ropa sucia, varios libros en una maleta abierta, otro par de maletas cerradas.

Sobre la mesilla del centro había un cenicero con varias colillas, un paquete de tabaco rubio inglés, con la mitad de los cigarrillos. Otro paquete de cigarrillos egipcios, de una marca de nombre raro. Una caja grande de cerillas, y una botella de *whisky* a medias, con un vaso que ya había sido utilizado.

Aquello no era, ciertamente, un dormitorio. Al menos, no estaba en uso. Allí no dormía nadie. Representaba un cuarto trastero, o alguien de la tripulación lo utilizaba para meter sus cosas.

Johnny pensó:

«Ese marinero lo utiliza para beber y fumar, y tomarse un descanso...»

Junto al armario empotrado había un baúl. Johnny lo abrió. Estaba vacío.

Miró el armario y su primera idea fue quitar el baúl de en medio, que le impedía abrir la puerta.

Lo hizo.

No advirtió la presencia de Loder, que volvía a subir la escalera para dirigirse precisamente a aquel camarote.

El baúl pesaba una barbaridad a pesar de hallarse completamente vacío. Y Johnny, instintivamente, se enjugó el sudor del rostro con la mano. Otra peculiaridad de aquel camarote era que carecía de aire acondicionado.

Tomó el pomo de la puerta del armario para abrirlo y la puerta no cedió. ¡También estaba cerrado!

¿Por qué?

Sacó su cuchillo del bolsillo trasero del pantalón y entonces, casi sin darse cuenta, vio el brillo de algo tirado en el suelo... ¿Qué era?

Se inclinó para cogerlo.

El marinero Loder estaba ya en la cubierta y miró distraídamente hacia la cercana costa. Estaba allí, a menos de media hora. Sonrió, como si la proximidad de la tierra le agradara.

Johnny tomó en sus manos lo que acababa de encontrar. Era una especie de escudo, que le recordaba algo, sin saber exactamente el qué.

El marinero se aproximó a la puerta de «su camarote», o al menos del que utilizaba.

Johnny frunció el entrecejo, y a sus oídos creyó llegar un diálogo trivial:

«—Yonia... Estoy cansado de tus caprichos... ¿Qué hiciste del dinero que te di ayer?

»—Bueno, papá... Me compré un cinturón...

»—¡Otro cinturón...! Pero... ¿por qué demonios te gustan tanto los cinturones?

»—Era muy barato, papá... y es moda. Lo compré en la tienda de la señora Florence, que hace rebajas...

»—Escucha, Yonia... ¿De veras lo necesitabas?

»—Bueno... Es de moda...

»—¡Ya! Todo lo que sea moda, parece obligación comprarlo. De acuerdo... Pero, al menos, no me engañes. Dijiste que necesitabas dinero para comprarte unos cuadernos para pintar no sé qué... Y hoy vuelves a pedirme dinero para lo mismo.

»—Ya verás el cinturón, papá... Es muy bonito. Y te has ahorrado más del triple de su valor».

Y Yonia le mostró el cinturón.

¡El cinturón!

Aquel extraño escudo pertenecía al cinturón...

»—Se te va a caer enseguida, Yonia. Esto está pegado con saliva. No es que sea una ganga. Es que es un saldo. —Le había dicho a su hija...»

¡El escudo!

Sí. Era del cinturón de su hija.

La puerta se abrió bruscamente, y la voz cascada del veterano marinero sonó a la espalda de Johnny.

—¿Qué es lo que está buscando? ¿Qué hace en ese camarote? Estaba cerrado. ¿Quién abrió la puerta?

Johnny se sobrepuso de la sorpresa. Tenía el cuchillo en la mano, y el escudo del cinturón en la otra. Miró fijamente al recién llegado y, sorteando el baúl, se aproximó.

—¿Sabe lo que es esto? —Y le mostró aquel trozo de metal, perteneciente a la parte central del cinturón de su hija.

—Oiga... Voy a llamar al capitán... —empezó el marinero.

Johnny guardó el cuchillo y el escudo en el bolsillo, y se aferró a la blusa marinera del hombre.

Escúcheme bien... Eso que ha visto pertenece al cinturón que llevaba puesto una niña que ha sido secuestrada... Una niña que ha estado aquí...

—¿Quién... quién es usted? ¡Suelta...! —El veterano marinero forcejeó con habilidad. Indudablemente, era hombre avezado a las circunstancias adversas, y sabía pelear. Utilizó una llave rápida y precisa y, en un instante, pasó a dominar la situación, mientras Johnny era lanzado contra el baúl, con el cual tropezó, dando una voltereta.

El marinero se lanzó sobre él, ignorando que Johnny poseía una formidable agilidad, que le permitió desplazarse en un terreno

inverosímilmente pequeño.

Su contrincante cayó de bruces, con ventaja para el escritor, que volvió a dominar la situación. Esta vez para levantarse y soltarle el puño derecho en pleno rostro.

Lanzando una maldición, su rival se aprestó al contraataque, esgrimiendo una singular guardia de karate. Buscó el punto más vulnerable de Johnny y atacó.

El escritor logró esquivar y, con menos técnica, pero mayor contundencia, consiguió alcanzar el cuerpo de su adversario, para, seguidamente, sujetarse a él y atenazarle la cintura.

Al marinero se le cortó la respiración, y Johnny ejercía toda su fuerza para dominarle por entero.

Lo soltó. Le golpeó ambos lados de la cintura con los cantos de sus manos y lo tuvo a su merced.

Enloquecido contra su rival, le asestó un par de directos en el rostro, lanzándole contra la mesa, que cayó derribando la botella, el vaso los paquetes de tabaco y las cerillas.

El marinero aún era capaz de defenderse. Sabía resistir y encajar bien los golpes, y trató de volver al ataque. Johnny, desprevenido, fue desplazado a consecuencia de un golpe en el rostro, pero cuando Loder volvió por él, el escritor se lanzó en plancha, alcanzándole en pleno abdomen y lanzándole otra vez contra el baúl.

Loder jadeaba ya. Johnny se levantó, asiéndole por las ropas, que se rasgaren.

—¿Dónde está esa niña, hijo de perra? ¿Dónde está?

—¿De qué diablos habla...? Usted no es más que un vulgar ladrón —jadeó el marinero.

Johnny lo arrojó contra la cama. Loder quedó tumbado en ella, y el escritor sacó el cuchillo de varios usos. Abrió la hoja que más cortaba y, a horcajadas sobre el cuerpo del marinero, le amenazó directamente a la garganta.

—Voy a cortarte la yugular... mal nacido. ¡Habla! Te he visto entrar y salir de este camarote... ¡Y la niña ha estado aquí!

—¡Se ha vuelto loco...! Yo no sé de qué me habla...

—El escudo de su cinturón... ¡Habla!

Se produjo un momento de silencio. Los ojos de Loder se habían dilatado. El marinero temía la puñalada que pudiera acabar con él.

Entonces se abrió la puerta y apareció el capitán. Iba acompañado del doctor Rehmbranth.

CAPÍTULO IX

—Salga, Loder... Luego hablaremos. —Había dicho el capitán.

Rehmbbranch tuvo que saber la verdad acerca de Johnny. El capitán le informó, y añadió, dirigiéndose al escritor:

—El señor Rehmbbranch es un consejero de la compañía...

—Lo sé. Estaba en la habitación de mi esposa cuando él fue a verla.

—Lo comprendo... Comprendo también su proceder, aunque no sea correcto —aceptó el consejero de la empresa marítima—. Pero vamos... vamos a su camarote, capitán, y hablaremos con calma.

—Un momento. No había terminado de registrar este camarote —terció Johnny, y señaló el armario.

—¿De veras espera encontrar a su hija aquí? —preguntó el capitán.

—De momento, he encontrado algo. —Y mostró el escudo del cinturón de Yonia.

El capitán comprobó que el armario estaba cerrado y tomó el teléfono del camarote para llamar, a fin de que le trajeran la llave.

—No me opongo a que lo registre todo, señor Monroe. El barco entero está a su disposición.

—Señor Monroe —adujo el consejero, mientras esperaban a que alguien llevara la llave—, ¿quién le advirtió a usted de que su hija había sido secuestrada?

—Permítame que guarde el secreto, señor Rehmbbranch, y, por favor, no hagan comentarios sobre mi presencia. Eso, si quieren de veras ayudarme. Ah, y en cuanto a ese marinero...

—No le culpe, señor Monroe —adujo el capitán—. Él le sorprendió aquí, y cumplió con su obligación.

Se hizo el silencio, ante la espera de la llave. Johnny consultó el reloj. Los minutos transcurrían. Faltaban sólo unos pocos para que la nave llegara a puerto.

La llave llegó por fin y el capitán la entregó a Johnny para que abriera el armario.

¡Estaba completamente vacío!

—Bien, señor Monroe... Ya ve que no hay nada. Nos estamos acercando. En el muelle habrá vigilancia. Su hija no saldrá clandestinamente del barco, si es que está en él. Yo tengo que ir al puente. Sea prudente, señor Monroe. Se lo ruego.

El consejero le invitó:

—¿Quiere tomar algo? Está usted excitado. Venga a mi camarote.

—No, gracias. No podría permanecer quieto ni un segundo, y no me apetece nada.

Luego, mirando atentamente al escudo que había encontrado, insistió:

—Mi hija estuvo aquí... ¡O quién la secuestró...! Quiero hablar con ese hombre... El que entra y sale de este camarote...

—Señor Monroe... Esta estancia no pertenece a nadie. Nos falta un tripulante desde hace un par de semanas. Todos utilizan esto para dejar las cosas que no necesitan.

—Quiero hablar con ese hombre. —Volvió a repetir Johnny.

—Está bien... Le llamaré. Les dejaré mi camarote. Y ahora, discúlpeme.

—Yo también quiero hablar con usted, capitán —dijo Rehmanth.

Poco después, en el camarote del capitán, Loder y Johnny estaban frente a frente.

—Bueno —dijo el marino—. El capitán no fue muy explícito, pero me dijo que olvidara lo ocurrido. Usted busca a la niña, y encontró algo que le pertenecía a ella... Pero yo no sé nada de eso. Ya vio el camarote. Es como un trastero. ¿Hago yo cara de secuestrador de niñas? Por favor, señor. Me encantan las criaturas. Soy soltero, ¿sabe? Siempre me ha gustado ser libre, pero me gustan los hijos... Sí. Los adoro.

Y ante el silencio de Johnny, que se limitaba a escrutarle, como si tratara de penetrar en lo más recóndito de aquel hombre, el marinero insistió:

—De veras. Yo no conozco a su hija, pero... ¡Oh! Usted sospecha de mí... No sé cómo hacérselo comprender. Yo no sé nada.

Absolutamente nada.

Los ojos de Johnny se clavaron en los del marino, que comprendió su error.

Johnny avanzó amenazador:

—Ha dicho usted... «su hija». ¿Cómo sabe que es mi hija? ¿Se lo ha dicho el capitán?

—No... Quiero decir... Bueno... ¿Quién podría tomarse tanto interés, si no fuese el padre?

—Loder, miente usted... Ahora, estoy seguro.

—¡Basta! —Loder, como fiera acorralada, metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó un arma. Era un revólver de pequeño calibre que montó rápidamente.

—¡Cuidado! —espetó—. No se acerque... Quédese dónde está...

—Loder... Tendrá que decirme dónde está Yonia...

—Yo no le he mentado. Adoro las criaturas... Pero le odio a usted. Se cree muy listo... ¡Dese la vuelta!

—Tendrá que matarme, Loder... Y no me importaría que lo hiciese... Esto haría ruido. Le cogerían a usted y le obligarían a hablar...

Avanzó un paso más. Loder rodeó con más fuerza el guardamonte del revólver.

—No, Monroe. No siga. Le mataré. Le mataré.

—¿Dónde está mi hija, Loder?

—¡Vuélvase! ¡De la vuelta o...!

El escritor se abalanzó contra el marinero, que trató de disparar en el último instante, pero no lo consiguió porque Johnny se había aferrado a su brazo. Seguidamente, los dos forcejaron por la posesión del arma que, en la lucha, cayó al suelo.

En esa ocasión, Loder consiguió propinar un puntapié al escritor, mandándole nuevamente contra el suelo. Cuando pretendía levantarse, el marinero, con ligera ventaja, tras haber enarbolado una silla, la tiró contra la cabeza de su antagonista.

Johnny cayó atontado por el golpe y, antes de conseguir levantarse, recibió un culatazo que le dejó completamente inconsciente.

Loder, jadeante, salió de la estancia del capitán para comprobar que nadie había sido testigo casual del ruido. Fue hasta la cubierta y observó que casi todo el pasaje estaba abocado a estribor,

observando la isla. Faltaban ya sólo diez minutos para que el barco arribara.

Loder regresó, al tiempo que sonaba el teléfono, que tomó con recelo. Era la voz del capitán.

—Loder... ¿Ha terminado de hablar con ese caballero? —preguntó el patrón.

—Sí, sí, señor. Acaba de marcharse —mintió Loder.

—Bien. Vaya a su sitio y prepárese para la maniobra de atraque.

—Sí, señor. Ahora mismo.

Loder colgó, y pensó rápidamente en lo más conveniente. Decidió tomar el cuerpo inconsciente del escritor y lo colgó a su hombro.

—Bien. No hay más remedio. Me has descubierto...

Salió de la habitación con Johnny en el hombro. Cerró la puerta y avanzó con sigilo. Sólo tenía que llegar a la cubierta, justo en la parte que estaba completamente vacía. La gente se hallaba al lado opuesto. A estribor, viendo cómo el muelle se aproximaba.

Loder cruzó el corredor. En la cubierta inmediata inferior, el consejero Rehmbanth avanzaba sin prisas hacia la escalerilla. El marinero pasó al otro lado.

Rehmbanth comenzó a subir la corta escalinata. Loder tuvo que esconderse en un recodo. No vio a la persona que subía, pero había oído pasos y no quería tener testigos de lo que se proponía hacer.

Rehmbanth subió media escalera. Miró hacia arriba y siguió hacia el camarote del capitán. Llamó con los nudillos y, al no obtener respuesta, empujó la puerta, que cedió. Echó un vistazo. Si existía alguna leve señal de la breve lucha anterior, no pareció reparar en ello. Tal vez una silla desplazada y poca cosa más. Cerró de nuevo la puerta y volvió a la escalerilla.

Loder seguía en el recodo. Johnny, a su espalda, permanecía todavía inconsciente.

Cuando Rehmbanth desapareció, el marinero salió de su improvisado escondite, en dirección a la barandilla.

Miró a derecha e izquierda.

No. Nadie podía verle.

Dio un breve impulso a sus brazos y soltó la carga hacia el mar.

Asomó a tiempo para ver cómo el cuerpo de Johnny Monroe se sumergía en el agua, hundiéndose rápidamente.

—Capitán, capitán...

El patrón de la nave dejó el mando al segundo oficial. Estaban realizando la fase final de las operaciones de ataque. Vicky trataba de encontrar a su marido.

—Señora Monroe... No debió subir... Quédese en su camarote si lo desea... La policía aguarda abajo. Seguramente querrán hablar con usted.

—Estaba buscando a mi marido.

—No se preocupe por él. Debe seguir buscando...

El segundo oficial dio por terminada la operación. El barco estaba atracado y se procedía al desplazamiento de la pasarela que comunicaba directamente con la estación marítima, mientras que el personal del muelle acoplaba las escalerillas secundarias a los distintos puntos de salida del barco.

El consejero Rehmanth, como más directo responsable de la compañía, aguardaba para ser el primero en bajar y hablar con la policía, que esperaba en el puerto.

Vicky volvió a su camarote para reunirse con su hija, que, a su vez, se despedía de sus amiguitas.

—Escríbenos, Terry. Cuando encuentres a tu hermana,scríbenos. —Le pidieron.

Rehmanth bajaba en aquel momento para ir directamente a los agentes del muelle, con los que quedó hablando unos instantes.

Seguidamente, los viajeros comenzaron a bajar, utilizando las distintas escaleras. Unos llevaban sus propias maletas, otros seguían a los mozos de equipajes. Del departamento de facturación surgían también otros tantos equipajes normales.

Todo era estrechamente vigilado. Los innumerables agentes vigilaban de modo especial a las niñas que, en su mayoría, iban acompañadas de personas mayores o en grupos pertenecientes a colegios, debidamente custodiadas por sus respectivas maestras o encargadas.

Dos agentes subieron con Rehmanth. El capitán aguardaba en el puente.

Loder, cerca de la entrada de la bodega, observaba también a los agentes. Luego se aproximó a la borda y observó las sucias aguas del puerto.

Pensó que el único testigo de lo que «sabía» estaba bajo aquellas

aguas.

CAPÍTULO X

El contacto con la frialdad del agua había conseguido despertar a Johnny del aturdimiento.

Primero fue la sensación de sumergirse en un abismo. Luego el sabor a sal, y el agua que inconscientemente tragó... Por fin recobró la noción de la realidad y aquello le permitió salvarse de una muerte segura.

Comprendió que Loder le había arrojado al agua. Revivió mentalmente la última escena antes de perder la lucidez y emergió a tiempo de ver cómo el barco comenzaba las operaciones de atraque. Luego decidió bucear, de nuevo y, sin asomarse para no ser visto, alcanzó el vértice del malecón, donde el barco había atracado ya.

Decidió dejar que Loder siguiera pensando que había muerto. Quizá sería mejor así, pero él debía volver al barco, donde ya la policía estaba interrogando a su esposa que, una vez más, contaba lo sucedido desde el momento que comenzó a inquietarse por la tardanza de su hija.

Johnny se metió en el estrecho corredor formado por el malecón y el casco del barco, hasta situarse debajo mismo de la pasarela por dónde desembarcaban los coches que habían viajado en el *ferry*.

Se aferró a los neumáticos protectores adosados al malecón y consiguió subir hasta asomar la cabeza a ras del andén. No vio gente en derredor. Los últimos automóviles salían por la ancha pasarela...

Se sujetó a la cuerda y, tomando impulso, alcanzó el muelle. No le convenía llamar la atención. Chorreando como estaba, se metió en el garaje del *ferry*, corriendo rápidamente hacia uno de los corredores donde estaban las escaleras que comunicaban con la parte media y superior.

Nadie le había visto. Subió por una escalera, dejando tras sí una

estela de agua.

Su primera intención fue dirigirse al camarote de su esposa, pero al llegar al corredor de la cubierta B, observó a los agentes de uniforme y de paisano que permanecían cerca de la puerta. Dio la vuelta para seguir hasta la cubierta superior.

Los camareros procedían al cambio de ropas de las cabinas, sacando toallas sucias, sábanas, botellas, y pasaban los aspiradores de polvo para dejar limpios los camarotes.

Johnny llegó hasta la cubierta superior. Al subir la escalera, apenas asomó, vio a Loder dirigirse hacia la cabina trastero, la misma en la que el escritor había sido sorprendido por el marinero.

Le vio entrar y luego salir llevando consigo una maleta color verde. Era de las que el propio Johnny había visto en la cabina cuando entró a inspeccionar.

Dejó que Loder pasara y le siguió con toda prudencia. Loder se movía a sus anchas, con absoluta seguridad.

Johnny comprobó que el marinero se dirigía hacia la consigna de equipajes del barco. Estuvo un momento allí y salió de nuevo sin la maleta. Aquel detalle podía ser significativo... ¿Qué contendría aquella maleta?

¿Drogas, acaso?

¿Por qué no?

Recordó los libros que había visto allí. ¿Acaso no podrían ser falsos, como las biblias? Sí... Probablemente eran simples cajas donde era transportada la heroína para su distribución en la isla... Una buena prueba, pero aquello no era lo más importante para el escritor. Tenía que seguir a Loder, tenía la corazonada de que, pisándole los talones se aproximaría más a su hija Yonia.

Ahora le vio meterse en otro camarote, sin duda, el que le correspondía. Estaba en la cubierta inmediata inferior. Aguardó fuera unos instantes y luego entreabrió la puerta. Loder se estaba preparando para salir del barco. Cambiaba sus ropas. Estaba completamente ausente del espionaje de que era objeto. Johnny decidió actuar. Abrió bruscamente la puerta y cuando el otro se revolvió se encontró con un directo que le derribó sobre la cama.

Johnny había observado el arma de Loder. Estaba sobre la mesita. Se apoderó de ella antes de que el marinero consiguiera anticipársele.

El escritor amartilló el pequeño revólver y encañonó a Loder entre ceja y ceja.

—Ahora, escúchame bien, hijo de perra. Voy a disparar. Y lo haré ahora mismo, si no me llevas hasta mi hija.

—Oiga... Se lo aseguro. Yo...

El arma produjo un chasquido. La mano de Johnny, aunque segura, estaba crispada. El dedo índice *abrazaba* el gatillo.

—Te mataré, perro. Te mataré. No quiero excusas... Contestas o...

Dejó en el aire la frase. Loder comprendió que el escritor no le daría ninguna otra oportunidad y estaba en lo cierto. Johnny había llegado ya al límite de su aguante. Quería a su hija o... mataría a quien se le pusiese por delante.

—Está bien, señor Monroe —tartamudeó el del barco—. Venga... Yo... Yo iré delante.

—No, Loder. Dígame dónde está. Yo iré a buscarla. Usted se quedará aquí.

—Es que...

Johnny avanzó el arma, y el cañón pegó en la frente de Loder, amenazando hundirse en ella.

—Sí, sí —asintió el marinero, asustado.

Pero con su atención puesta, en Loder, Johnny no advirtió que había dejado la puerta entornada, y que alguien la había empujado muy suavemente.

Tampoco advirtió el objeto que, de repente, se alzó sobre su cabeza. Cuando el sexto sentido le advirtió del peligro, en su cerebro se produjeron las tinieblas más absolutas.

Alguien acababa de golpearle. Johnny cayó a los pies de Loder, mientras una voz murmuraba:

—Has cometido demasiadas imprudencias... ¿Quieres perdemos a todos?

—Yo no tengo la culpa... —protestó Loder, en presencia de quien debía ser su superior jerárquico en la organización.

—Silencio. Primero el

yo-yo,

después ese trozo de cinturón... Te estás haciendo viejo, Loder.

—No, no... Fue mala suerte. No tuve dificultades con la niña... La invité con uno de esos chicles, e hizo el efecto inmediatamente.

Nadie se dio cuenta de nada... Luego le puse la inyección, y aún sigue durmiendo. No me di cuenta de que había perdido el yo-yo...

Ni tampoco lo del cinturón...

—Deja de hablar ya como un papagayo.

—Creía haberme librado de él. —Y Loder señaló al escritor—. ¿Qué debo hacer ahora?

—Reanímale. Que llame a su esposa y que le diga que regresa en avión. No conviene que ella sepa lo ocurrido.

—¿Y después? —inquirió Loder.

—Después... no hagas nada. Ya te daré instrucciones.

—Tiene que desaparecer. Puede declarar contra mí.

—Estás asustado, Loder... Domínate. ¡Vamos! Ahora, haz lo que te digo...

Vicky recibió la llamada, poco después de que la policía hubiera dejado de hacerle las preguntas pertinentes.

—Soy Johnny. Ahora tengo que regresar. Te devolverán a Yonia.

—Pero ¿dónde estás? —Quiso saber su esposa.

—No te preocupes. Estoy bien. No puedo hacer nada más. Es conveniente que me vaya.

Había hablado bajo la amenaza del revólver, ahora en poder de Loder, a quien no le faltaba deseos de utilizarlo.

Fue el propio Loder quien cortó la comunicación, diciendo:

—Es suficiente.

—Loder... Esto le costará muy caro. Y usted lo sabe. Le saldría más a cuenta conducirme hasta mi hija... Me olvidaría de todo, Loder. Sólo me importa Yonia.

—No trate de ablandarme... Usted se ha buscado lo que ocurre... Metió las narices donde no debía.

—Loder, por última vez...

—Cierre el pico, Monroe. No conseguirá nada de mí... Y no se mueva. Le advierto que ahora no voy a dejarme sorprender... Y soy yo quien tiene deseos de apretar el gatillo.

—Si no lo hace es porque tiene órdenes de no hacerlo, ¿verdad? ¿Quién le da esas órdenes, Loder? Vamos... Si habla, no se arrepentirá... El barco está lleno de policías. Lo están registrando todo.

—¡Cállese!

Apenas lo había dicho, la boca del marinero se abrió desmesuradamente como si pretendiera bostezar. Sus ojos se agrandaron por el pánico o acaso por algo peor aún. Luego, su cuerpo pareció encogerse. Su figura se arrugó. Y sin cerrar los ojos en absoluto, se dobló hacia delante, soltando la pistola con la que hasta aquel momento había encañonado a Johnny.

El escritor se volvió rápidamente hacia el ojo de buey interior. Comunicaba con un corredor por la parte trasera. ¡Alguien había estado allí recientemente!

Alguien acababa de matar a Loder, utilizando un arma provista de silenciador.

Johnny se precipitó hacia la puerta para seguir al asesino.

Ahora tenía la certeza de que, si alcanzaba al cómplice de Loder, conseguiría llegar hasta su hija.

El marinero, mortalmente herido, hacía tremendos esfuerzos para hablar, pero Johnny estaba obsesionado en perseguir al criminal. Salió fuera y rodeó el corredor para dirigirse hacia el punto de donde había partido el silencioso disparo.

Allí no había nadie. El asesino había escapado.

Eligió una de las dos direcciones del corredor, y corrió rápidamente hasta el final. Comunicaba con la escalera que conducía a la sala de máquinas. Abrió la puerta y observó desde lo alto el andamiaje. Abajo estaban los trabajadores de la sala. Las escalinatas metálicas se hallaban desiertas.

Había elegido el camino falso. Dio la vuelta y corrió en dirección a la parte opuesta, pero había dado demasiada ventaja al asesino.

Dio otra vez la vuelta. La puerta del camarote de Loder permanecía abierta. El marinero respiraba entrecortadamente. Estaba en la agonía. En una penosa e irresistible agonía...

—Monroe... —pudo balbucir.

El escritor se aproximó al moribundo, que intentaba decirle algo.

CAPÍTULO XI

Unas manos retiraron la cortina del baño del camarote. Unas manos enguantadas, que no podían dejar huella alguna.

En la bañera, yaciendo sobre un colchón de baño, se hallaba Yonia profundamente dormida, ajena al peligro y al sufrimiento de sus padres, y a las pesquisas de la policía, que seguía recorriendo el barco para tratar de encontrarla.

Las manos enguantadas se aproximaron al cuerpo de la pequeña y la levantaron para sacarla de su improvisado dormitorio, y llevarla a la pieza contigua.

Un baúl con suficiente cabida, iba a ser la nueva morada de la pequeña. Allí fue depositada. Unas correas aseguraron el cuerpo infantil, manteniéndolo sujeto.

Luego, sobre la niña, fue depositado una especie de falso fondo, formando una cámara de aire. Sobre el falso fondo, las mismas manos enguantadas colocaron ropas de hombre y de mujer, algunos libros y una manta de viaje a cuadros escoceses.

La tapa del baúl descendió y la diestra enguantada del propietario cerró con la llave.

Loder había hecho inútiles esfuerzos para articular algo.

—Su cómplice, Loder... Antes de irse al infierno, descargue su conciencia —instaba el escritor.

Por toda respuesta, el moribundo hizo un gesto extraño, llevándose las manos a la altura de la garganta, como si tratara de anudarse algo.

—Está intentando hacerse comprender... —murmuró para sí Johnny.

Loder trataba, además, de articular un nombre, sin dejar de repetir el mismo gesto.

—Oiga... Trata de decirme que... —Johnny necesitaba de todo

su ingenio para comprender... En sus novelas había descrito a muchos personajes poseedores del don innato de adivinar las más complicadas pistas. Ahora era como si él mismo viviera las peripecias de uno de sus héroes... pero no conseguía tener la lucidez de las criaturas surgidas de su imaginación.

Por fin, los esfuerzos del marinero cesaron... Ya no podía hablar ni moverse. Había muerto.

—Se estaba anudando algo... Su gesto era ése... —Y lo repitió—. Una corbata, tal vez... Intentaba decirme que el cómplice lleva corbata...

No estaba muy seguro. Era una pista remota, pero necesitaba encontrar pronto la solución, porque...

Uno de los mozos transportaba el baúl hacia la salida.

Simultáneamente, Vicky recibía una llamada del interior del barco.

Una voz suave, lejana, claramente disimulada, se limitó a decir:

—Su marido no siguió las normas del juego. Fue debidamente advertido. Ahora tendrá que pagar las consecuencias. ¡Dígaselo! —Y la voz cesó.

Un «click» indicó que el comunicante había colgado.

—No te muevas de aquí y no abras la puerta a nadie —dijo Vicky a Terry, saliendo rápidamente de la habitación.

—¡Mamá! ¿Qué ocurre?

Vicky corrió como una loca por el corredor, gritando:

—¡Capitán! ¡Capitán! ¡Policía! ¿Dónde está la policía?

El capitán surgió de uno de los salones.

—¡Señora Monroe!

—¡Está en el barco, capitán...!

—¿Su hija?

—No lo sé... Pero uno de los raptos acaba de llamarme por teléfono. Tiene que estar en el barco...

—Tranquílcese, tranquilícese. Explíqueme exactamente lo que ha ocurrido.

—Una amenaza... Estoy segura de que es una amenaza para mi hija.

—¿Y dice que la han llamado del barco?

—¿De dónde si no?

—Aguarde. Eso puede averiguarse.

Pero Vicky no podía esperar. Siguió al capitán, que se dirigió al departamento de comunicaciones. El encargado estaba anotando algo.

—Chris... ¿Ha recibido alguna llamada del exterior?

—¿Ahora, señor?

—Sí. Hace pocos minutos. —Miró a Vicky, que asintió.

—No, no, señor. Aparte de las que usted ha visado, y que fueron recibidas en el mar, no hemos tenido ninguna llamada desde que anclamos.

—¿Está seguro, Chris?

—Completamente, señor.

—Bien, gracias.

—¿Necesita algo, señor? Iba a retirarme.

—No, Chris, ya no le necesitaré por hoy.

—Buenas noches, señor... Señora. —Con una leve inclinación, el radiotelegrafista salió del departamento de comunicaciones.

El capitán se dirigió hacia la conserjería para preguntar algo al encargado. Vicky no le dejó ni un instante.

El mozo que llevaba la carretilla con el baúl se cruzó con ellos. Saludó al capitán y continuó su camino hacia la salida de equipajes.

—¿Sabe si queda alguien en el barco? —preguntó el capitán al conserje.

—Creo que no, señor.

—Bien, averíguelo. Llame a todas las cabinas. Que le ayude alguien. Dese prisa. Utilice los intercomunicadores de primera clase y el teléfono para las cabinas de turistas. ¡Ah! Si sale alguien, avíseme. Estaré en mi despacho.

El inspector encargado de la búsqueda llegaba en aquellos instantes.

—Capitán. Necesito hablar con usted.

—¿Han encontrado algo?

—Sí. En un camarote de la cubierta superior...

El capitán pensó inmediatamente en la cabina que servía de trastero.

—Puede hablar, inspector. Yo también tengo algo que decirle. Es decir, la señora Monroe... Ha recibido una amenaza por teléfono.

—¿Una amenaza?

Ella asintió y explicó brevemente lo ocurrido.

Rehmbanth apareció y se dirigió hacia el grupo. Saludó al inspector de policía, a quien dijo:

—Tengo que hablar con el presidente de la compañía. Si no estuviese aquejado de una dolencia que le impide desplazarse, de por seguro que estaría aquí. Me ha pedido que vaya ahora mismo, pero prometo regresar inmediatamente, señor, y no saldré de este barco hasta que encontremos a esa pobre niña... Señora. Hasta pronto.

—¡Un momento, señor Rehmbanth! —pidió el capitán—. El inspector acaba de descubrir algo y la señora Monroe ha sido objeto de una amenaza.

—¿Desde el barco? —inquirió el consejero.

—Sí.

—¿Y usted, inspector? ¿Qué ha descubierto?

—Heroína. En unos libros falsos. Hay dos maletas llenas... Desde luego, no ha sido casualidad. La vigilancia desplegada ha dado como fruto la localización de un viejo conocido de nuestro departamento... Aguardaba algo. Luego supimos que esperaba una maleta color verde. Le obligamos a que mostrara su contenido y trató de huir. La malea contenía un lote de falsos libros, en cuyo interior está la droga. El sujeto ha confesado. La droga se la pasaba un individuo que trabaja en el barco y que se llama Loder.

El capitán y el consejero cambiaron una mirada. Entonces, alguien gritó:

—¡Eh! Venga, inspector... Al final del corredor de la planta inferior, hay un hombre muerto.

Uno de los agentes acababa de descubrir el cuerpo de Loder.

El baúl estaba siendo descargado. El baúl, en cuyo doble fondo viajaba la todavía inconsciente Yonia.

Johnny recorría el lado de estribor, y hasta vio, sin darse cuenta exacta de ello, cómo el baúl, montado en la carretilla, era depositado en el suelo, junto a un elegante «Cadillac» color *beige* claro.

El mismo mozo, ayudado por el chófer uniformado del «Cadillac», colocaba el baúl sobre el vehículo.

Johnny pensaba aún en el gesto del moribundo...

—Sí... Sólo podía significar el ademán de ajustarse una corbata.

La corbata, y de un modo especial en la isla, y hasta en el barco,

constituía casi un elemento extraño. Los turistas vestían al uso, que era prácticamente como no ir vestidos. Los más sensatos se conformaban con camisas floreadas y «*shorts*» o pantalón cómodo. La gente mayor usaba saharianas o playeras, pero las corbatas brillaban por su ausencia.

Sólo unos pocos, contados.

El capitán, por ejemplo, con su impecable uniforme, con su corbata negra de seda...

El capitán...

Pero si el moribundo, con su gesto, quería hacerse comprender... el capitán tenía otros distintivos...

Johnny no había perdido la esperanza, pero el barco, prácticamente desierto, empezaba ya a desalentarle.

Vio bajar a Rehmanbranth, que se quedó unos instantes hablando con alguien, al pie de la escalerilla. Luego, continuó hacia el automóvil color *beige*.

Pero Rehmanbranth...

Instintivamente, Johnny clavó sus ojos en el baúl cargado sobre el vehículo.

Vio cómo el auto arrancaba, y corrió hacia la salida. Bajó atropelladamente la escalerilla.

El auto se alejaba ya de la explanada del muelle para dirigirse hacia el interior de la ciudad, a través de la transitada calle, abarrotada de turistas, que buscaban el aire marino, en las últimas horas de sol.

Corrió en pos de un taxi. Ya no quedaban en la parada. El barco se había vaciado y los vehículos que quedaron vacíos marcharon en busca de pasaje a otro lugar.

Johnny aceleró su marcha, cruzando raudo la explanada en dirección a la calle que bordeaba el mar.

Terry le vio a través del ojo de buey, situado en la parte de estribor, que era donde daba su camarote.

—¡Mamá! ¡Es papá! Por ahí...

—¿Papá? Pero si me dijo que... —Asomó, siguiendo las indicaciones de la niña y vio cómo iba detrás de un taxi.

—Tengo que hablar con la policía. Puede que tu padre haya descubierto algo —murmuró ella—. Si supiera dónde va...

—No podemos marcharnos, mamá. ¿Y si encuentra a Yonia?

Vicky quedó pensativa.

Johnny había encontrado ya el taxi que buscaba, pero el «Cadillac» había llegado ya al final de la calle.

—¡Oiga! ¡Siga al «Cadillac» color *beige*! Lleva un gran baúl. Dese prisa.

El chofer asintió y trató de abrirse paso entre la multitud del paseo marítimo.

—¡Dese prisa! No podemos perderle.

—Yo tampoco puedo atropellar a la gente, señor. —Se defendió el conductor.

Johnny asomó la cabeza y comenzó a golpear la plancha de la puerta.

—¡Apártense, apártense...! Y usted toque el «claxon» por lo menos.

Intentó ver el «Cadillac», pero ya había desaparecido de la calle. Al final, cuando el chofer del taxi consiguió llegar, frenó.

—Bueno, señor... Yo no sé por dónde echar.

—¡Maldita sea! Dije que no lo perdiera...

—Hice lo que pude, señor... ¿Sabe a quién pertenece el coche?

—Se llama Rehmbanth. Pertenece a la compañía de navegación.

—¡Oh, sí! Viene con frecuencia. Seguramente habrá ido a su villa. ¿Conoce usted al señor Rehmbanth?

—He hablado una vez con él. Si sabe dónde está su villa, lléveme allí.

—Ya lo creo, señor. Aquí todo el mundo sabe dónde está la villa de Rehmbanth. Es una de las más hermosas de la isla. El señor Rehmbanth tiene mucho dinero.

—¿Ganado honradamente? —Lanzó Johnny.

—Bueno. Es mejor no meterse en honduras... ¿No le parece? Siempre he oído decir que detrás de las grandes fortunas siempre hay algún punto oscuro... Mire. Ya estamos en la carretera. La villa está a unos veinte kilómetros. En la bahía más preciosa. Es toda propiedad de Rehmbanth. Claro que si usted le conoce, nos dejarán pasar.

Johnny guardó silencio. La carretera volvía hacia la zona marítima, bordeando el agua. La arena de la playa llegaba hasta el mismo macadán de la carretera. Unos pocos coches regresaban hacia la ciudad.

—Aquí no hay mucho tránsito. Esta carretera termina prácticamente en las ruinas. Después ya no va a ningún sitio, que no sea a las propiedades del señor Rehmbranth.

Rehmbranth, en aquellos instantes, entraba en el parque que bordeaba su fantástica villa.

Un portero le franqueó la entrada, abriendo la puerta, movida por control electrónico. Luego, la cerró.

Tras un recorrido de unos trescientos metros, llegó frente a la casa.

Dos criados salieron a recibirle.

—Bajen el baúl, pero no lo suban. Déjenlo en... O si no... ¡Lorre! —ordenó al chofer—. Diríjase hacia las rocas, con el coche, y arroje el baúl al agua. Es ropa vieja, que ya no me interesa. Ya no se puede regalar nada a nadie. La gente se ofende. Así que, mejor tirarlo, con baúl y todo. No me agrada esa porquería.

Nadie discutía las órdenes de Rehmbranth, por estrambóticas que pudieran parecer. Rehmbranth pagaba bien. Sólo exigía sumisión y silencio. Los que le servían lo sabían. Lorre se limitó a volver al volante del coche para conducir hasta las rocas, situadas en un pequeño promontorio, dentro de la propiedad de Rehmbranth. Bajo aquellas rocas, el mar se agitaba en continuos remolinos. Por calma que hubiese en el océano, bajo las rocas, la corriente era intensísima. Nada de lo arrojado allí volvía jamás a la superficie.

Lorre, el chofer de Rehmbranth, sin sospecharlo, iba a cometer un asesinato. El asesinato de Yonia Monroe.

CAPÍTULO XII

—¡Ahí está la puerta de entrada, señor! —informó el chofer a Johnny, cuando faltaban un par de cientos de metros para llegar a la villa.

—Espere. No vaya directamente.

—Es que no podemos ir a ninguna parte.

—Métase ahí. —E indicó una especie de viejo camino vecinal, entre setos secos.

—Esto no va a ninguna parte.

—Métase ahí y no discuta. Vamos. Dese prisa.

El conductor obedeció a regañadientes.

—Ahora, deténgase —ordenó otra vez Johnny, cuando el vehículo se había metido unos diez metros en el camino pedregoso. Desde allí, podía verse parte de la puerta que daba acceso al parque de la casa.

—Oiga... ¿Qué pretende? ¿Espiar la casa?

—Es posible... Usted quédese aquí. Tengo que ver el modo de entrar, pero sin que me descubran.

—Oiga... ¿No pretenderá robar, verdad?

—Deje de hacer preguntas estúpi... —no terminó la frase. Al salir del coche, vio, a lo lejos, la silueta del «Cadillac», siguiendo por la línea costera.

¡Y el baúl continuaba sobre el coche!

—¡Eh! ¿No es aquél el coche de Rehmanth? —Y el chofer se volvió perezosamente hacia donde indicaba Johnny.

El auto se ocultó entre las rocas del sendero. El promontorio estaba a unos doscientos metros de distancia de la ruta que seguía el auto del consejero de la compañía.

—No lo he visto muy bien, pero sí llevaba un baúl...

—¡Sí lo llevaba! Quiero saber dónde se dirige.

—No podemos ir... Habría que meterse en la casa. Son tierras de

Rehmbranth. Ya se lo he dicho. Toda esta zona le pertenece.

—Debe haber algún medio. A pie, me tomaría demasiada ventaja. Siga por el sendero.

—Eso es tanto como estropear el coche...

—¡Le compraré uno nuevo! ¡Siga adelante!

—Está bien, está bien... Pero esto es meterse en casa ajena. Ya verá cómo no podemos salir de aquí.

El «Cadillac» asomó un momento, antes de seguir por la rampa que conducía al acantilado.

Para colmo, el taxi parecía no querer arrancar.

Johnny se puso a la parte delantera.

—¡Déjeme, yo conduciré!

—Oiga, oiga...

—No sé si me ha entendido, amigo... Pero necesito llegar allí... ¡Dios mío! Si fuera verdad lo que estoy pensando... —empujó al chofer y tomó el volante.

El otro cayó por el otro lado, pero tuvo tiempo de entrar por la puerta posterior, antes de que Johnny pusiera en marcha el auto.

Pisó a fondo para el desespero del chofer.

—¡Lo va a reventar! Esto no es un «jeep» —protestó el propietario del vehículo.

Johnny seguía, sin hacerle caso, por el sendero pedregoso hasta llegar a la explanada arenosa.

—Si se mete por ahí, las ruedas van a patinar. Esto es un mar de arena. Nos hundiremos.

Pero Johnny tenía que intentarlo y pisó a tope. Las ruedas, al aumentar la velocidad, sólo patinaron levemente, pero el auto avanzaba sobre la arena, campo a través, en dirección a las rocas del acantilado, distantes medio kilómetro.

El chófer del «Cadillac» había llegado ya a lo alto pero no parecía tener mucha prisa en deshacerse del baúl.

Contempló unos instantes el panorama, sin advertir el taxi que ya empezaba a tener las primeras dificultades con la arena.

Johnny tuvo que parar, contra su voluntad.

—¡Ahora ya veremos cómo lo saca de aquí! —gritó el taxista.

El escritor miró en derredor. Vio algunas piedras y corrió tras la mayor.

—¡Ayúdeme! No se quede como un imbécil.

—¡Encima, insultos!

El presentimiento de Johnny aumentaba.

Había colocado ya las piedras bajo las ruedas e intentaba poner nuevamente el coche en marcha.

Lo consiguió, tras algunos intentos. Le faltaban aún unos trescientos metros para llegar al arranque de la pendiente. El conductor del «Cadillac» había concluido ya de deshacer las cuerdas, y trataba de bajar el baúl.

El auto del escritor aminoró de nuevo la marcha. Las ruedas volvían a patinar. Y entretanto...

En el aeropuerto de la isla tomaba tierra el avión que había conducido a Juanita y al falso abogado.

Las nueve horas de trayecto del barco se convertían en cuarenta y cinco minutos de vuelo.

El falso abogado tenía ya un coche esperándole. Un auto que había alquilado por teléfono.

—¿Dónde vamos? —inquirió ella.

—A casa del jefe. —Fue la respuesta de su compañero.

Y mientras...

Lorre, el conductor, tenía ya el baúl en el suelo, y tiraba de él por una de las asas para aproximarle al acantilado.

Johnny, a duras penas, había logrado llegar al arranque de la cuesta, y comenzó a hacer sonar el «claxon».

El ruido llamó la atención de Lorre, que se volvió, dejando el baúl al borde, balanceándose peligrosamente. Se diría que sólo una pequeña piedra ayudaba a sostenerlo.

Johnny llegó, por fin, ante la extrañeza de Lorre, que esperó, con los brazos en jarras.

Saltó el escritor, apenas bajó del coche.

—¿Cómo diablos ha llegado aquí? ¿Qué busca? Esto es terreno privado. ¿Tiene permiso del señor Rehmanth? —soltó el chofer del «Cadillac».

Los ojos de Johnny estaban fijos en el baúl.

—Oiga... ¿Qué lleva ahí dentro? —inquirió, sintiendo un escalofrío en todo su cuerpo.

—¿Y a usted qué le importa?

—¿Qué va a hacer con ese baúl?

—No tengo que darle explicaciones, amigo. ¿Quién se cree que

es usted? ¡Lárguese o llamaré a mi patrón!

—Sí, amigo, llámelo ahora mismo. Y dígame que Johnny Monroe está aquí... Para impedir que se cometa un asesinato.

Evidentemente, Lorre no sabía nada, y por eso, arqueando las cejas, preguntó:

—Pero... ¿qué es lo que dice?

—¡Apártese! Voy a retirar ese baúl de ahí.

—Usted no tocará esto.

Johnny ya no aguardó más. Se aproximó a Lorre, con intención de apartarle él mismo.

El chofer era el único espectador de lo que tampoco acababa de comprender.

Lorre comprendió las intenciones de su oponente, y esquivó el empujón, al mismo tiempo que agarraba el brazo de Johnny, con la intención de doblárselo. Demostró con ello, que no sólo sabía defenderse, sino que conocía buenos trucos. Indudablemente, era condición impuesta por su patrón para servirle de guardaespaldas.

—Esto le costará caro, amigo... No se puede entrar en propiedad ajena, y menos con amenazas.

Retorció el brazo del escritor, que lanzó un grito, al tiempo que soltaba una patada hacia atrás, alcanzando con el tacón del zapato la pierna de Lorre, en la parte de la espinilla. El dolor hizo aminorar la presión que ejercía en el brazo de Johnny y este pudo soltarse, revolviéndose rápidamente para pasar al ataque.

Lorre hizo un amago y trató de atontarlo con un golpe de karate, arte en el que Johnny había practicado sobradamente. Esquivó y saltó con las piernas por delante, empujando al chofer, que fue a caer contra el baúl.

El empujón hizo que el baúl resbalara un poco más.

—¡No! —gritó Johnny, y se lanzó hacia allí, consiguiendo alcanzar un asa—. ¡Ayúdeme! Dentro, hay una persona...

Lorre no acertó a comprender. Johnny tiró con más fuerza hasta dejar el baúl a salvo.

—Usted está loco —gritó el chofer, y trató de agredir a Johnny, que se hizo a un lado, y pasó al ataque con una patada al vientre de Lorre para terminar de una vez.

Cuando, doblándose de dolor, iba a caer, encogido, Johnny le golpeó en la mandíbula, lanzándolo contra el «Cadillac». Allí quedó,

inconsciente, mientras el escritor comenzaba a forzar la cerradura del baúl.

Un coche salía de la casa en aquellos instantes. Rehmbanth iba en él, con cuatro guardaespaldas. Se dirigían hacia el acantilado. Uno de los hombres estaba diciendo:

—Es un taxi. Se metió por el llano arenoso. Lo he visto dirigirse perfectamente hacia el promontorio.

—Bien, date prisa —ordenó Rehmbanth al que conducía el coche.

Y Johnny había abierto ya, y arrojaba las ropas, los libros, la manta de viaje a cuadros escoceses, hasta llegar al falso fondo. De momento, se mostró sorprendido. Luego advirtió que aquél no era el fondo auténtico, y buscó el modo de quitarlo. Tomó los bordes y tiró hacia arriba.

Por fin quedó al descubierto el lado de abajo. Los ojos del escritor se dilataron y, por un instante, brillaron las lágrimas en ellos.

—¡Yonia! ¡Dios mío! ¿Qué trataban de hacer contigo?

El taxista empezó a comprender.

—¡Una niña! ¡Cielos! Iban a despeñarla... ¡Asesinos! —Se volvió, por el ruido del coche.

—¡Eh! Alguien se acerca. Esto no me gusta.

Johnny miró a su hija y luego murmuró:

—Ahora, no volverán a arrebatármela... Oiga... ¿Es capaz de volver por dónde hemos venido?

—Bueno... Si es necesario...

—Está bien. Le confío a mi hija... Si a mí me ocurre algo, vaya directamente al hospital. Quiero que la examinen. Seguramente, la narcotizaron. Mi mujer está en el barco.

—Pero... ¿Y usted?

—Tengo que entretenerles para que usted pueda poner a salvo a mi hija...

El chofer asintió.

A Johnny le dolía tener que separarse otra vez de Yonia, pero era necesario, si quería salvarla totalmente, porque «ellos» estaban prácticamente allí.

Y sin perder más tiempo, el escritor se metió en el «Cadillac» y le hizo dar la vuelta en la pequeña loma para ponerlo cara a la bajada.

Los otros subían a toda velocidad. Pues bien. Johnny se lanzó por la bajada, pisando a fondo.

El camino no permitía más que el paso de un vehículo, y el conductor que llevaba a Rehmanth y a los otros guardaespaldas comprendió, enseguida, lo que iba a suceder.

—¡Trata de embestirnos! ¡Está loco!

—¡Echa atrás! ¡Echa para atrás! —gritó Rehmanth, pero ya era demasiado tarde. A Johnny sólo le faltaban unos veinte metros para chocar con los otros.

El chófer frenó al instante. Johnny pisó hasta el tope. El «Cadillac», lanzado por la pendiente, ganó el terreno que le faltaba en un par de segundos.

El taxista, aún en lo alto, observaba con ojos atónitos.

El conductor del vehículo de Rehmanth trató de retroceder, pero en aquel instante, se produjo el tremendo encontronazo.

Los dos vehículos rodaron por la pendiente hasta que, al desviarse, una roca frenó su carrera.

Lo que quedaba era pura chatarra, entre unos cuerpos inconscientes.

Johnny había saltado, en el último instante, y se levantaba, magullado, pero con una sonrisa de triunfo en los labios.

Había ganado la partida.

Un helicóptero volaba bajo, por la zona...

—¿Se encuentra bien? —inquirió el taxista.

—Mejor que nunca. —Pero al andar, sus piernas le fallaron, cojeaba, pero se sentía bien. Estupendamente bien—. Deme a mi hija... Debemos ir al hospital.

—Mire esto —dijo el piloto del helicóptero. Y los dos agentes uniformados observaban con los gemelos la escena.

—Transmita por la radio al inspector, jefe —dijo uno de los agentes—. La niña iba en ese baúl. Ahora tome tierra. Rehmanth tendrá que explicar muchas cosas.

De la central de la isla se pasó comunicación al inspector Lunnen, de la ciudad.

—Hemos seguido a Monroe, tal como usted pidió... El policía del barco nos informó por teléfono de la ruta. La casa de Rehmanth es difícil de vigilar, por eso utilizamos el helicóptero.

—¿Rehmanth? No me diga... —repuso Lunnen a través del

teléfono.

—No es ninguna novedad. Hacía tiempo que veníamos sospechado algo. Utilizaba los barcos de la compañía para pasar droga a la isla. Lo teníamos controlado, pero no bastaba con coger a los peces pequeños, éstos suelen saber poco, y por eso fingíamos no darnos cuenta... Hoy ha caído...

Los policías siguieron contando algunos pormenores. Mientras...

El taxi se cruzó con el coche del falso abogado. Johnny se volvió un instante y creyó reconocer a aquel tipo. No estaba muy seguro.

Por su parte, el elegante y cínico compañero de Juanita estaba diciendo en aquellos instantes...

—Lo importante era desviar las sospechas y libramos de Readclive. Con él caerán Rayvez y su compañero... Aquella zona ya no interesa. Demasiada vigilancia. Que se la queden los principiantes, nosotros volamos más alto, necesitamos mercados más importantes...

—En el fondo, lamento que Johnny haya pagado los platos rotos.

—Bueno... Tú no tienes la culpa. Él te buscaba. Fue Nelia, que le confundió con el que debía llevar la droga, e insistió en llevarlo a casa de la vieja. —Se refería a la otra Juanita—. Luego, cuando comprendió su error, se asustó y aprovechó lo de la redada para infundirle miedo.

—Vino a mi casa a contármelo todo. Cuando me dijo que se llamaba Johnny, y que me buscaba, sentí curiosidad. La verdad... es que sospeché que se trataba de él. No sé por qué... Luego, tú me obligaste a hacer lo demás...

—¿Lo sientes? —sonrió él.

—No... A fin de cuentas, ¿qué diablos me importa a mí, Johnny Monroe? Sólo que...

—¿Qué?

—Hablando con él recordé otros tiempos... Entonces todo era diferente.

—¿Te gusta recordar la miseria?

—Esto es completamente diferente para mí... A veces, pienso que ya no existen los sentimientos humanos...

—No te atormentes, princesa. Y deja de pensar en Johnny... Recuerda cómo empezó todo... Rayvez le había confundido

también, le probó para ver si soltaba la contraseña, pero como no lo hizo, le dejó... Luego, Nelia lo estropeó todo. Ya no podíamos volvernos atrás. Había visto demasiado... y nosotros buscábamos a alguien para ganar tiempo. Ya está. A partir de ahora que nos busquen, si quieren. No nos encontrarán. Hemos ganado el tiempo que precisábamos. Mañana partiremos para Brasil...

Fue precisamente entonces cuando tuvo lugar el cruce de vehículos. El falso abogado también había creído ver un rostro conocido. Palideció.

—No... No puede ser. —Y dio la vuelta.

Johnny advirtió la maniobra a través del retrovisor.

—¡Atención! —Hizo notar al chófer—. Ese coche acaba de dar la vuelta. Acelere...

—¿Más dificultades?

—Creo que sí... Pero hasta que no deje mi hija al cuidado de los médicos, no puedo arriesgarme.

El taxista pisó a fondo y el coche conducido por el falso abogado aceleró también la marcha.

Faltaban unos ocho kilómetros aún para llegar al centro. Y el auto que perseguía al taxi era mucho más potente y ganaba terreno.

—No voy a ganar para sustos... Creí que todo estaba resuelto —comentó el chófer.

Johnny estaba vuelto, viendo cómo, indefectiblemente, iban perdiendo terreno, mientras los otros aumentaban la ventaja.

Durante un par de minutos, el taxista pareció que conseguía recuperar parte del terreno, pero un nuevo acelerón del coche de atrás dejó la distancia en diez metros escasos.

A lo lejos sonó una sirena, que fue acentuándose a medida que avanzaban.

—¡La policía! —gritó el chófer—. Viene hacia aquí.

Tres coches de las patrullas se acercaban a gran velocidad.

—¡Deténgase! —pidió Johnny al taxista. Dejó a la niña en el asiento posterior y salió para hacer señas.

El auto de Juanita y su acompañante se había detenido ante la presencia de la policía, y su conductor se apresuró a dar la vuelta.

—¡Soy Johnny Monroe! Me dirijo al hospital con mi hija... Deténgalos. —Se dirigía a los componentes de la dotación de uno de los coches. En aquellos momentos el nombre de Johnny Monroe

era ya conocido de todos los agentes. Y de los que, de un modo u otro, habían tenido que ver con el asunto.

Los coches policiales aceleraron para dar alcance a los fugitivos, sin que tuvieran que desviarse de su ruta, porque su punto de destino, siguiendo las órdenes recibidas, era la casa de Rehmanth.

El auto de los fugitivos no tardó en ser acorralado. El falso abogado no pudo oponer resistencia. Aquella vez había perdido la partida.

Durante una hora, las sirenas se enseñorearon de la carretera. Las ambulancias llevaron a los heridos de la casa de Rehmanth al hospital.

Juanita y su acompañante fueron trasladados a la central de policía.

En cuanto a Yonia...

Bueno, Yonia despertó en el hospital, creyendo que estaba en un hotel. Luego, dijo:

—¡Ah, no! Si ya estamos en la isla. —Pero reaccionó, porque no recordaba haber desembarcado—: ¡Qué raro, no recuerdo nada...! Sólo las pesadillas que he tenido.

—¿No recuerdas cuándo te dormiste? —le preguntó su madre, dulcemente.

—Pues... No sé... Debió ser en el barco... Pero... ¿dónde estamos ahora?

Intervino el padre:

—En un hotel... Estabas tan dormida, que no hemos querido llevarte a la casa... —Y guiñó un ojo a su esposa, dándole a entender que ya se lo contarían todo en otro momento.

—Pero ¿y tú qué haces aquí? —preguntó a Johnny.

—Pues pensé que estaríamos todos mejor si estábamos juntos y... tomé el avión.

—¡Oh, mamá! ¿Lo ves? Tanto decir que no vendría, tanto discutir, para terminar viniendo solo, y en avión...

—Bueno, ahora descansa, hijita... El viaje ha sido... un poco pesado. Creo que todos necesitamos dormir...

—Pero si yo no tengo sueño —protestó Yonia.

Terry se había quedado dormida en una butaca. La tensión, el nerviosismo, la habían vencido.

—Bueno. Parece que a todos os haya entrado el mal del sueño...

¿Qué hora es?

—Es medianoche, Yonia —repuso Johnny.

Vicky le dio una tableta que el médico le había recetado. Poco después, Yonia también se dormía, pero esta vez, era para descansar de veras.

Johnny tomó a Terry en sus brazos y dijo:

—El médico nos ha cedido la habitación del lado. Dejaremos a Terry allí. Acuéstate tú con ella.

—¿Y tú?

—La verdad es que... esta noche no podría dormir, pero tú sí debes hacerlo, Vicky. Estás agotada.

—Tú también, cielo.

—Es posible, pero ahora no siento nada.

—Tendrás que volver, ¿verdad? El inspector Lunnen te ha llamado por teléfono.

—No pienses en esto ahora. Además, Lunnen tendrá que esperar. Necesito un descanso, junto a vosotros...

—¿Sabes, Johnny? Si no te acuestas, yo tampoco dormiré... Ya no volveré a dejarte ni a dejar que te disgustes por mi culpa, o por la de las niñas.

—¡Bah!

—No, Johnny. Comprendo que, a veces, te decepcionamos... Todos tenemos nuestros problemas y... cuando los nervios se desatan...

—Calla, Vicky. —Se aproximó para besarla, allí en la terraza del hospital, frente al mar azul, iluminado por el reflector opaco de la luna, por los millares de estrellas que embellecían el panorama. La calma era absoluta, como si nada hubiese pasado.

Ellos permanecían abrazados, como dos recién casados. Eran jóvenes aún, estaban en la plenitud y habían salido de un serio problema.

El beso se prolongó.

Sus dos hijas dormían en paz.

Los periódicos hablaron de grandes redadas en la ciudad y también en la isla.

El nombre de Rehmbanth, que convalecía en un hospital bajo vigilancia policial, iba de boca en boca.

En la isla se había desarticulado una nutrida red de traficantes.

Johnny había regresado ya, después de zanjar la cuestión.

Rayvez, el demente, Nelia y otros estaban encerrados ya, también Juanita y el falso abogado.

Johnny no quería saber nada. Estaba con los suyos en la casa de la isla.

—¿Queréis que vayamos de excursión esta tarde?

Pero ni Yonia ni Terry quisieron. Tenían sus amistades.

—Bueno... Ya iremos otro día —sonrió Yonia.

—¡Mejor, iros solas! Así nos dejaréis tranquilos a vuestra madre y a mí. —Gruñó el escritor.

Las hijas se fueron.

—¿Tú no tienes que ir a ninguna parte? —preguntó Johnny, y Vicky, sonriente, murmuró:

—Prefiero estar en casa contigo —se aproximó más aún para que él la abrazara.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:

**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIAJAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

